A CATASTROFE · DEL "ITATA"

LA CATÁSTROFE

DEL

"ITATA"

(Memorias de un sobreviviente)



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA LAGUNAS & Co.
Teatinos 58

1922

Primeras noticias e impresiones

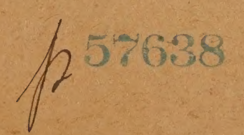
El Martes 29 de Agosto, la opinión pública del país fué sorprendida por una noticia dolorosa que habrá dejado, seguramente, en multitud de corazones, huellas tan profundas como hechas por un acero enrojecido.

Según informaciones, el «Itata», vapor de la Compañía Nacional, y que zarpara de Coquimbo con rumbo al Norte el Domingo 28 a las 11.30 de la mañana, se habría hundido horas después de salir de aquel puerto.

La espectación, como se comprende, que encerraba una duda de esa naturaleza, y en tan breves y escuetas palabras, fué enorme.

Puede decirse—sin metáfora—que todo Chile tembló de terror.

Pero fué en Valparaíso y Coquimbo especialmente donde la noticia produjo los



cuadros y las escenas más desgarradoras.

Y con razón. La mayoría de los náufragos habían dejado en estos dos puertos de la República a sus padres, a la esposa, a hijos tiernos o desvalidos; cuando menos, a excelentes y leales camaradas. Cuenta un corresponsal que cuando en Valparaíso se recibieron los primeros radiogramas en que se daba cuenta de que casi la totalidad de los pasajeros y tripulantes había desaparecido, pudo observarse que muchas señoras, algunos pobres chicos y numerosos caballeros, grandemente emocionados, se lanzaban a llorar. Hubo escenas tan tristes, que a muchas personas que no tenían parientes entre las víctimas, les fué difícil contener su dolor...

Mientras tanto, se iban precisando algunos de los detalles que precedieron a la catástrofe.

Así el diario *El Chileno* de La Serena enviaba el siguiente telegrama a un rotativo de Valparaíso:

«El vapor «Itata» naufragó a causa del fuerte viento y por exceso de carga».

«Un embarcador (?) protestó por escrito antes de la salida del vapor de Coquimbo.

«El vapor se tumbó a las tres de la tarde y veinte minutos después se fué por ojo.

«Los botes llenos con pasajeros se volcaron por la violencia de las olas. Han sido salvados hasta el momento por el crucero «Chacabuco» trece pasajeros y cuatro marineros de un total de cerca de cuatrocientas personas que viajaban, entre ellas, treinta niños.

En la playa de Choros salieron seis hombres y una mujer muertos. Siete personas llegaron en estado lamentable a Cruz Grande cerca de Tofo.

«Los marineros salvados son: Zenón Cerda, marinero; Manuel Ojeda, carpintero; Ismael Ojeda, salonero; Ernesto Cancino, fogonero, y señores Pedro Arancibia, Evaristo Pino, Ventura Ortíz y de la tripulación Luis Wilson y Froilán Vásquez.

«Entre los cadáveres que se han encontrado figura el del contador don Ernesto Gómez.

«Se cree que en la isla de Choros haya más náufragos.

«El crucero «Chacabuco» y el cazatorpedero «Almirante Lynch» continúan con todo empeño en su ardua tarea de encontrar náufragos en los alrededores. Aquí hay gran consternación por esta terrible catástrofe marítima que ha enlutado tantos hogares». (Firmado).—*El Chileno.*

Poco más tarde estos datos, aun vagos para la angustia y la ansiedad generales, tenían una más amplia confirmación.

Nuevas pesquisas, la palabra de los sobrevivientes, el juicio de los náuticos, arrojaban, ahora, la luz necesaria para apreciar con la exactitud que requería el caso la magnitud del duelo que venía a colgar crespones en el pabellón de nuestra joven marina mercante, y a cubrir de luto y de dolor la tranquilidad de muchas modestas y honradas familias....

Desde luego otro telegrama del mismo diario serenense, daba cuenta que el crucero «Chacabuco» había encontrado dos náufragos más: don Juan Maluenda, de Ovalle y don Pedro Arancibia, de Valparaíso; los que habían permanecido dieciocho horas en el agua, tomados el uno de la quilla y el otro entre las bancadas debajo del mismo.

El crucero «Chacabuco» había recorrido los sitios del naufragio en zig-zag, encontrando solamente esos dos sobrevivientes, desde la *Isla de Pájaros* hasta la *Isla de Choros*, no teniendo ningún resultado mejor, aunque se acercó a todas las caletas y a la de Desamparados.

En vista de no encontrar nada más, el

buque dió vuelta completa a la *Isla de Choros*, por ver si quedaba algún náufrago.

En la serie de islotes de Damas, donde hay refugio en el mar, encontró un hacinamiento de maderas del naufragio que muy luego se vararon en la *Isla de Choros*. Entre el hacinamiento se vió un palo vertical, que seguramente indica el punto donde está el casco varado entre las aguas. El «Chacabuco» no recogió ningún cadáver porque estaba cerca de la isla y la mar boba impedía acercarse.

....

Los náufragos salvados señores Maluenda y Arancibia estaban como dementes y el médico del «Chacabuco» prohibió que se les hablara hasta que no hubieran descansado, recobrando su tranquilidad y conocimiento. Sin embargo, pudieron decir antes, que navegando el «Itata» con un terrible viento de popa, el capitán Caldera consideró al vapor en situación difícil y lo hizo virar para regresar a Coquimbo; en los momentos en que viraba una enorme ola lo tumbó, haciendo que los 215 bueyes y 525 ovejas que llevaba en las cubiertas superiores se cargaran al mismo costado con el peso de las ciento treinta y cinco toneladas que, unidas a más de cien tone-

ladas de agua que había embarcado, hicieron que el vapor se diera vuelta.

El «Itata» desapareció en cinco minutos. Se alcanzaron a lanzar al agua dos botes, dos balsas, embarcándose los pasajeros y tripulantes, en medio de una espantosa confusión y horrible pánico. El capitán pretendió que se diera preferencia a las mujeres y niños, pero no consiguió lograrlo. El se embarcó en el último bote con veinticinco pasajeros, entre ellos cinco señoras y cuatro tripulantes. El capitán estaba herido en la barba y con el brazo quebrado...

Otro informante, el señor Zenón Cerda, dice más o menos lo mismo y agrega: «Una explosión de las calderas del «Itata» fué la última manifestación que hiciera al hundirse en el abismo».



Pero, de importancia capital en todo lo que se ha dicho, es lo aseverado por un técnico, conocido armador de Valparaíso, quien, en reportaje que le hizo el diario *La Unión* de ese puerto, tuvo frases que dan mucho que pensar...

—«Muy sensible— dijo —ha sido esta desgracia que no tiene precedentes en

nuestras costas, por las proyecciones que ha alcanzado. Centenares de personas que perecen ahogadas y un elemento de la Marina Mercante nacional que se pierde, son razones más que suficientes para que todos nos encontremos verdaderamente anonadados. Uds. me preguntan acerca de las posibles causas del hundimiento del «Itata». Les contestaré su pregunta. Este vapor, que tiene ya largos años de vida, pues fué construído como Uds. lo dijeron hoy día, el año 1873, y reconstruído hace dos años en este puerto, a mi juicio perdió sus cualidades marineras después de la reconstrucción a que se le sometió en Valparaíso. Yo digo esto por dos razones:

1.ª porque no tenemos técnicos en la materia en Valparaíso, y 2.ª porque con el trabajo ejecutado, que no fué bien dirigido ni bien fiscalizado, se le hizo perder al vapor el centro de gravedad y con esto su estabilidad. En efecto, reconstruído el «Itata» en Valparaíso, se le pusieron sobre cubierta algunos camarotes, un cuerpo de edificio podríamos decir, que antes no lo tenía. Ahora bien, con este pecado original, agregado a otro que podríamos llamar la ambición, o sea el hecho de aceptar mayor carga que la que puede llevar en bue-

na forma el vapor, quedó en condiciones especiales para ser víctima de cualquier accidente.

Puedo asegurarles que yo ví partir el «Itata» y puedo asegurarles que llevaba carga en exceso, tanta que el buque iba balanceándose de proa a popa en forma muy visible.

Sé que en Coquimbo tomó mayor cantidad de cargamento, con lo que se vino a agravar las condiciones del vapor. Este ha ido cabeceando y tal vez por el mal tiempo, tal vez por una ola que lo tomó mal, lo inclinó en forma tal que lo obligó a irse por ojo.

Esta es mi impresión personal. No creo que el casco se haya abierto como he oído decir por ahí, pues el casco es de fierro y sé que estaba en buenas condiciones. A mi modo de ver no hay más razones que las que les he enumerado.

—Entonces habría responsabilidades que perseguir en este caso.

—Las autoridades, después de la prueba de este barco, le dieron patente buena y el Sábado el zarpe. No sé a quienes culpar. Esta es una desgracia que ha ocurrido quizás porque se han reunido todas las condiciones desfavorables».



¿Tienen base de razón las palabras anteriores?

Luego se sabrá...

Lo que interesa por el momento es conocer la narración vivida y fácil de alguna de las personas que,—por terrible capricho del destino—le haya tocado figurar en esta página enlutada de nuestra marina mercante.

Ella existe. Es un antiguo y culto escritor, que vivió gran parte de su vida en la provincia de Coquimbo, y que, impelido por las proporciones de la catástrofe en que le cupo actuar, ha escrito con pluma febril y en cuadros llenos de colorido, las líneas que a continuación entregamos a la emoción y a la ansiedad públicas...

Señor Don N. N.

Santiago.

Mi querido amigo:

Agobiado aun por las tremendas reflexiones que han caido sobre mi espíritu después de la tragedia del "Itata", descuelgo mi ya enmohecida pluma de periodista, para acceder a sus deseos, haciendo un rápido balance de mis recuerdos en lo que ellos se refieran a este capítulo de horror, que, junto con cerrar la historia de muchas vidas, ha venido a poner en la mía—tan modesta y obscura—algo así como el airón fantástico que llevan las existencias aventureras...

No busque usted en las carillas que le adjunto, mi noble y buen amigo, ningún mérito ni esfuerzo literario. Nada de eso tienen. Nada... Ellas son, simplemente, anotaciones

reales, pero suscintas, de una terrible realidad... De esa realidad que yo supe vivir durante largas horas, en medio del mar; suelta su cólera en deshecha y bramadora tormenta; y mientras—pelele indefenso, en medio de tanta furia de grandezas—comprendí, mejor que nunca, toda nuestra humana insignificancia...

Recíbalas, pues, mi querido amigo, como se las entrego: sin creer que puedan tener otro valor, sin atribuirle otra importancia, si no es la que pueda darle un viejo repórter que—frente a un hecho estupendo y trágico—trata de recordar el oficio, en el cual, años ha, simuló bravas gallardías de escritor.

Le abraza con mucho afecto,

Su camarada

JORGE X.

Memorias del sobreviviente X

La alegría de vivir

A las ocho de la noche del Domingo 27 de Agosto se reunían en La Serena en mi casita de la calle Brasil, cuatro amigos —cuatro viejos amigos—que confiados a la atención de mi madre y de mis hermanos, hacíanme los honores de la despedida en mi viaje de aventura a las sierras de Antofagasta...

Una alegría buena y campechana inundaba los ánimos. Los excelentes camaradas con ese entusiasmo jovial que precede al minuto mismo de la despedida, hacían derroche de cáustico buen humor.

Zumbaron los chistes como abejas amenazadoras. Las alusiones pícaras se multiplicaban sin ofrecer término alguno. ¡Era el desborde de muchos años de íntima y honrada confianza! Y también—¿por qué no decirlo?—la porfiada pena que nos asaeteaba el corazón y que trataba de engañarse

asímisma ocultándose bajo una máscara risueña . . .

En la hora de la comida mi madre estuvo un poquito sentimental.

—Hijo mío . . . deberías haber renunciado a este viaje—me aconsejó.—No veo el provecho que puedas sacar a tus años—(¡tengo cuarenta, Dios mío!)—entrando en excursiones peligrosas, buenas para los jóvenes . . .

Mejor que no hubiera dicho nada. Los endiablados visitantes no necesitaron más, y con refinada crueldad, que no dejó de molestarme, ayudaron en sus quejas a mi adorada viejecita.

—Sí, hombre, a tus años, ¡a tus largos años! ocurrírsete conquistar el mundo . . .

—De veras, Jorge, ¡quédate! Ya no se te pueden perdonar locuras de esta naturaleza.

—Con que viajecitos ¿eh? Mira: en el avanzado otoño en que vives, no debes tener otra preocupación que el de colocarte parches porosos en pecho y espalda. ¡Debes cuidarte, hijo, debes cuidarte!

Mi buena madre, al oír la hipócrita entonación que daban a sus palabras estos badulaques, no pudo menos que soltar la carcajada.

—¡Qué bromistas son! No hay manera de guardar seriedad cuando hablan ustedes...

Mientras tanto, unas cuantas botellas de chicha del Huasco, agradable, fresca, reconfortante, ponía en nuestras arterias calidez fecunda y primaveral...

Terminada la comida, unas relaciones de mi familia que acudieron a la sobremesa amenizaron la modesta reunión haciendo un poco de música.

¡Música popular! ¡Harmonías sin artificios, donde se vuelca el triste corazón de la raza!

Cantan las niñas, y los versos plañideros dichos con voz llorona y sin encantos, me resultan de una melancolía irónica...

«Bajaré silenciosa a la tumba...»

Lloran, también, entre sus dedos las cuerdas de la guitarra. Y aunque en el chasquido inarmónico comprendo que hay una pena muy cierta, que por una torpeza primitiva no alcanza a traducirse en toda su intensidad, río disimuladamente. Y ríen, con disimulo mis amigos. Y mis hermanos. Y hasta mi buena madre, que «posa» de gran formalidad, plega también los

labios con forzada entereza, para no reir... Para no reir como todos nosotros...

*
* *

Como alguien bostezara, creí que la cosa—en lo que a mi hogar se refería—no podía durar mucho rato más. Por eso, tras algunas frases de cumplimiento, invito a mis amigos a dar una vuelta...

La noche extiende sobre nosotros el zinc de una bóveda inmensa. Un vientecito frío, que no alcanza a ser cortante y fino como el de otras noches de Invierno, nos pega en el rostro con la levedad de un golpe de abanico. Nuestros pasos, como en las naves de un templo, retumban en las vetustas calles desoladas...

Alguien dice:

—Pero qué siútica la señorita del canto...

Y otro, agrega, imitándola:

—«Bajaré silenciosa a la tumba...» Como si los muertos pudieran bajar a la fosa metiendo bulla... ¡Hase visto!

Vagamos y vagamos....

Cualquiera propone:

—¿Qué les parecería que fuéramos al Club Liberal?

Aceptación unánime.

En el Club me aburro terriblemente .... Digo mal: no estoy aburrido, sino inquieto... En la paz de una ventana vigilante, debe estar, a esas horas, un corazoncito regalón aguardando mi llegada....

—Ya no resisto más—(me disculpo)—el sueño puede más que mis ojos.

—Hombre, por Dios.... ¡sería imperdonable!—gritan mis amigos.

Pero yo soy inflexible. Les advierto que al día siguiente tengo que levantarme muy de madrugada, y que necesito reposar. Preparar mi ánimo para el momento de despedirme de los míos.

Al fin se ponen de acuerdo. Una última copa en que brilla la cerveza, como una onda rubia y espumosa, se alza por el buen viaje y a la salud del amigo que se ausenta....

—Salud, Jorge....

—Que seas muy feliz....!

—Que te traigas un cerro de Chuquicamata convertido en billetes de Banco.

Yo les agradezco. Respondo con iguales palabras fraternas. Y los abrazo apretadamente contra mi pecho.

¡Caramba! Si hasta diría que algunas lágrimas pugnaban por rodar por mis mejillas....

Cuando me separé del grupo,—y ya en la calle me puse en la dirección hacia donde me llevaban mis más dulces afectos, comprendí una cosa que sólo la puede comprender el hombre que vivió mucho tiempo junto al terruño natal: el amor a las piedras, a las casas, al jardín, al río, a las campanas que en las mañanas domingueras—alegran el paso de las muchachas devotas; a todas estas cosas heterogéneas y simples, que forman en el cerebro ingenuo de los provincianos como una adoración panteista por el alma dormida de las cosas.

Las ideas tristes me torturaban como garfios.

Frente a mí alzábase ahora la torre de San Francisco. La imponente y severa iglesia, parecía clavar en el cielo de estaño el aspa máxima de la cruz. Así es de alta su torre, así es de erguida, que parece una lanza quijotesca, monumental y legendaria, siempre dispuesta a romperse en cuatro al servicio de la Fé. . .

Penetraba en la calle X. Una señal leve—muy leve—dada en la ventana de *cierta* casa de la segunda cuadra, ponía en aviso a la dilecta. . .

Apenas toqué los vidrios. Mi novia me esperaba desde hacía rato. Con voz tí-

mida y anhelante me ordenó que aguardara.

—Abriré la puerta—dijo.—Espera. . .

Creí que los minutos eran siglos. Pero luego, cuando la hoja principió a girar sobre los goznes sigilosos y aceitados, se precipitó el tiempo en una fuga vertiginosa. . .

¡Cómo describir las sensaciones más gratas al corazón de la Humanidad! . . . ¡Cómo describirlas!

Berta me aguardaba con la plenitud de sus deseos maduros y llenos de feminidad.

Yo no soy un muchacho. Ni siquiera un joven. Pasé ya de sobras, lo que el poeta, en lenguaje figurado, pero de enorme veracidad, llamó «la mitad del camino de la Vida». . . Ténue polvareda gris, principia a caer sobre mis sienes. Una a una, también, se han ido deshojando las más rotundas afirmaciones de mi espíritu: ya casi no creo en nada. . .

—¿En nada? . . .

Sí; aun creo en algo. Aun tengo fuerzas suficientes para creer. Creo en élla. En élla, . . . buena, perfecta, definida. En élla, que vió florecer veintiocho primaveras en su carne joven; y que ahora el Otoño—con esa melancólica filosofía que pone en los

espíritus fuertes—la hizo sutil, humanizada, tierna; mientras, escurriéndose por las formas intactas, le redondeó las caderas, se dobló con la curva de una ola mansa sobre la línea del pecho, y puso perfiles de ánfora y de columna sobre el doble milagro de sus piernas. . .

—Jorge. . .

—Mi Berta!

En la oscuridad de la alcoba, propicia a los afanes del amor, nuestras manos se enlazaron trémulas.

Tenía el pelo desenvuelto, caído en dos crenchas negras sobre los hombros, firmes y redondeados como a cincel... Temblaba toda entera. Cuando la besé en los labios, sujetándole la cintura con uno de mis brazos, sentí desfallecer su voluntad bajo la protección tentadora y fácil del «peinador»...

—No te vayas mi bien... Para qué irse...

—¿Por qué?... ¿Acaso temes que te deje?...

—Puede... ¿podríamos referirnos a lo que se desconoce?

¡Ah! Yo te prometo con toda sinceridad...

—¡Calla!

—Dudas... ¿verdad?

—No. Es que pienso que hago mal en abrigar tantas ilusiones.

—Muchacha... muchacha regalona ¡cómo abusas de mi cariño!

Así, en diálogos interminables, llenos de esa encantadora vaciedad que tienen las pláticas de los amantes, se fueron discurriendo las horas.

Sobre el cristal del alba, trémulas, distantes, apacibles, rodaron cuatro campanadas.

—Hija, cómo corre el tiempo...!

—Cómo corre...

Se volvieron a juntar nuestros labios en brioso impulso pasional.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, Jorge?

—¡Quién sabe!

—Mira que es cruel esa frase...

Sin embargo, yo no podía hablar de otra manera. Un extraño, un raro presentimiento de fatalidad se anudaba en mi espíritu como una sierpe invisible.

¿Qué hilos misteriosos, qué ondas de adivinación ponen en contacto las realidades de nuestro presente con las vagas perspectivas del porvenir? . . .

¡Sépalo Dios! . . . Pero cuando en esa mañana de Agosto, besé por última vez las manos blancas y acariciadoras de mi

novia, tuvo mi corazón algo más que el dolor de una despedida. Tuvo algo inquietante y turbador . . . Diría una voz de alarma, que gritaba desde el fondo de mi ser!

De Serena a Coquimbo

Tras el llanto angustiado de mis hermanos y de mi madre, huí hacia la estación en el coche que me esperaba a las puertas de mi hogar.

El vaivén brutal del vehículo saltando por sobre las piedras que forman la «pavimentación» de las calles de La Serena, me libró un poco de ese dolor peculiar que se nos anuda en la garganta y que es como el corolario de todas las despedidas . . .

Eran las 7.45 de la mañana. En la Estación del Ferrocarril aguardaban sentados unos, y otros paseando, la partida del tren a Coquimbo.

Los hombres fumaban . . . Fumaban los hombres, con esa despreocupación que pone en los ánimos el desconocimiento de las rutas que fatalmente hemos de seguir . . .

Una chiquilla veinteanera conversaba con marcadísimo fervor con un teniente del *Arica*.

¿Quienes eran? . . . ¡Qué importa! Novios, quizá, que haciéndole un paréntesis a la misa, pretexto de la salida, iban a ver como partían los trenes . . . Los trenes, que en la quietud poblana de los rincones de provincia, son, quizá, el más ambicionado de los espectáculos . . .

¡Irse!—murmuran las muchachas que nunca salieron del terruño. Y en esta palabra, que tiene todas las ilusiones del vuelo, se encierra, también, cuanto de mágico y novedoso tienen las perspectivas desconocidas . . .

Suena la campana de prevención. Los pasajeros se apresuran a ocupar sus asientos . . .

Hay despedidas de íntima ternura. Llanto silencioso . . . Hipos de angustia, que tratan de ahogarse en balde entre los hilos del pañuelo.

Los viajeros de segunda que son los más numerosos, le dan más realce y sonoridad a la escena.

—Escribe . . . ¡no dejes de escribir, hijo!

—En llegando, mándame un telegrama . . . ¡no se te vaya a olvidar!

—¡Cuidado con los bultos, mujer! En el puerto lo que abundan son los pillos!

—Adiós, hija mía!

—Adiós, mamacita, ¡Adiós!

Pitea la locomotora. Luego una sacudida de hierros y de cadenas quejumbrosas.

Ya va caminando el tren. Por las ventanillas las caras y las manos emocionadas responden con una sonrisa o con un gesto de saludo, a los pañuelos que allá, en la Estación, continúanse agitando sentimentalmente....

Frente a mí hay un caballero de aspecto distinguido. Al arreglar, bajo mi butaca, mi pequeña maleta de mano, tenemos ocasión de saludarnos. Poco después abre una revista y lee.

Yo, en cambio, me afirmo contra los vidrios de la ventanilla y principio a observar el paisaje que adquiere, por la velocidad que lleva el tren, una movilidad de película.

Bruma finísima cae sobre el campo que se abre en dilatada mancha verde.

Talvez porque nuestro ánimo estuvo sacudido por emociones diversas que dejaron sedimentos de amargura en mi espíritu, la visión me resulta de una gran melancolía.

Además, falta en el paisaje la nota cálida y alegre de la primavera.

El plomo invernal, aunque ya en exodo, ensucia de gris los horizontes, las monta-

ñas, las múltiples lagunas que muestran sus cristales empañados, aquí y acullá a lo largo de la vía férrea.

A pesar de esto regálase la vista de contínuo, con pequeños cuadros de una mansedumbre y dē una bondad de égloga.... Pequeños, diminutos como hombres de Liliput, surgen en este loco desfilar las siluetas de los campesinos conduciendo a través de la campiña las yuntas de bueyes, bajo las cuales la tierra pródiga abre sus entrañas para que la fecunden.

En Primavera este viaje es de una belleza extraordinaria.

Cobra el campo en esa estación, la dignidad y el esplendor que le arrebatan los fríos invernales. Ahora es triste, feo, antipático: muy poco es lo que nos puede ofrecer para halago o satisfacción de los sentidos...

Si la Primavera fuera eterna, sólo se viviría en la campiña. Pero el hombre necesitó huir, refugiarse en algún tibio rincón, de esta tristeza del cielo y de la tierra que ritma las monotonías del Invierno, e inventó las ciudades... Las ciudades negras, tumultuosas, incoherentes, donde se funden todas las razas del Universo; y las ciudades calmas, soñolientas, olorosas a yer-

babuena y a tomillo, y que son como un pedazo de campo donde se hubieran amontonado muchas casas...

Corre el tren... y mis ideas van hilvanándose unas detrás de otras...

Este trayecto de Serena a Coquimbo lo conozco en exceso. En el Estío acostumbré hacerlo a caballo, orillando el mar, frente a un espectáculo diez veces maravilloso...

A un lado el océano que viene a quebrarse en ondas leves y tranquilas entre las patas de la cabalgadura; al otro, la felpa de la campiña que cunde hasta a una línea que parece rayar en su base la mole de enormes y azuladas montañas.

Ahora, en las estaciones intermedias que tiene el Ferrocarril, júntanse, también, por esta época, un sinnúmero de familias de Coquimbo, que vienen a estos puntos en son de veraneo...

Claro está que ellas constituyen la nota alegre, y el más precioso colorido con que puede adornarse el paisaje.

¡Cuántas veces— cuántas!— al manso arrullo de las olas, creí, en estos mismos sitios, que ahora parecíanle en fuga a mis ojos llenos de remembranzas, que era ahí,

junto al mar, donde la felicidad tenía su choza!

....

En estos lejanos y dulces pensamientos, se me fué la hora de viaje.

Apenas si al acercarnos al puerto, crucé con mi vecino de butaca unas cuantas palabras.

En la estación de Coquimbo tomé mi pequeña maleta de mano y me fuí derecho al muelle. Ahí ordené a un botero que retirara mi equipaje y lo embarcara cuanto antes.

No quería perder tiempo; y además ¿qué interés tenía para mí retrasar, aunque fuera por minutos, la angustia de la partida?

El señor nos dice un cuento

Eran las 11.30. El «Itata» salía de la rada de Coquimbo, mientras los botes que lo rodearon durante las horas que estuvo fondeado, regresaban ahora al puerto, llevándose a los parientes o amigos que habían ido a bordo a despedir a algunos de los viajeros.

Como siempre, en estos casos, no faltaban las caras contritas y los ademanes que destilaban dolor.... Los míos, entre ellos....

Para botar la pena, subí hasta la cubierta del barco:...

Lentamente, el «Itata» iba enfilando su proa con rumbo al Norte. Se revolvían las olas crespas y obscuras al golpe de la quilla. Y un chorro blanco, hirviente, espumoso, saltaba y lamía los flancos de acero, para simular después nívea cicatriz tras el paso del barco.

—¡Qué feo el tiempo!—comentó una voz a mi espalda.

Me volví.... Era el amigo que conociera en el tren, y que había perdido de vista en Coquimbo.

—En realidad no le veo muy buena cara, respondí, mientras saludaba cordialmente al que iba a ser mi compañero de viaje.

—¡Qué hacerle!... Por de pronto ya hay gente que está devolviendo hasta lo que no comió....

—¡Pobres!

—Usted me dijo que se dirigía a Antofagasta, ¿verdad?

—Sí, señor; voy a ver modos de poder trabajar en Chuquicamata....

—¿Nunca ha estado por allá?

—Sí, hace años; pero de paso....

—Créame: es un gran pueblo el que va a conocer usted....

—Así me han dicho.

—¡Oh!...

Mi amigo no necesitó más. Con entusiasmo extraordinario, principió a elogiar en todos los tonos las grandezas y las virtudes de la Pampa.

El hombre de la Pampa—dijo—es diferente al de cualquiera otro pueblo de Chile. Diríase que la ingratitud de los elementos, que la resistencia que pone allá la na-

turaleza al empuje y al esfuerzo humanos, convierten a cada hombre en un pequeño héroe desconocido... Le doy a usted mi palabra, que hasta los muchachos del pueblo, desamparados y sin educación, tienen aspectos de una grandeza incalificable... ¡Sí, le digo a usted la verdad! . . .

Mi amigo entraba en calor con sus propias palabras.

—Le contaré a usted una historia—continuó—que podrá darle idea de lo que es esa gente, y de lo que es capaz de hacer aun en las circunstancias más difíciles. . .

Como el barco se moviera demasiado, fuimos a tomar asiento a uno de los escaños que enfrentaban al mar. Ahí, en presencia del abismo bramador, me habló de una manera especialmente sugestiva. . .

«Fué en los días de la Guerra Europea. . .

«Era un chiquillo que vendía diarios; se llamaba Tomoyo, y hacía días que el negocio andaba muy mal.

«En esas circunstancias se encontró con una persona de apariencias. Y, claro, no titubeó en pedirle una limosna.

—«Quiere darme un veintecito caballero. . . Desde ayer que no como ná. . .

«El hombre pasó indiferente y brutal. Ni siquiera le miró.

«Tomoyo haciendo esfuerzos se contuvo, pero profirió muy despacio una palabra nativa y procaz.

«Un sol africano lamía las calles anchas, pulimentadas y blancas. Sofocante el calor, que en prodigiosas oleadas de luz abrazaba el contorno irregular de la Metrópóli.

«En el barrio céntrico, los cesantes, acompañados de sus mujeres, corrían hacia la plaza a buscar la sombra de los árboles.

«La espantosa vorágine que cubría los campos de la vieja Europa, venía a repercutir, ahora, con eco doloroso entre los riscos y los arenales del Desierto.

«El pánico incontenible de los primeros momentos había cundido entre los productores del nitrato, hasta resolver el paro de las faenas salitreras.

«Caravanas innúmeras, piños inagotables del inmenso rebaño humano que se agosta en ese trabajo de cíclopes, bajaban diariamente por todos los convoyes de la Pampa. El hambre, por primera vez, arribaba a las playas de la provincia fantástica . . .

«Quizá por qué largo período, Antofagasta dejaría de ser la gallina de los huevos de

oro del Erario Nacional: y esa verdad ridícula que dijo un fino y sutil estadista, de que «el país vivía—¡y a sabiendas!—del producto de una mina», pasaría a demostrar, con el más duro de los ejemplos, la infantil imprevisión de nuestros legisladores.

«Tomoyo miró con ojos desconcertados el movimiento y los gestos coléricos de algunos trabajadores. Todos como él, seguramente, sentirían sobre el cráneo la garra de la fatalidad.

«Caramba! . . . dos días sin comer, él, Tomoyo, que vendía tantos diarios y ganaba tantas chauchas como dulces había en las vitrinas de la Giralda.

Diez y seis años tenía de vida, y diez de trabajo, y era la primera vez que sufría eso . . .

«Se rascó la cabeza preñada de rebeliones; y—¿por qué no decirlo?—estuvo a punto de llorar.

«En la Plaza Colón un grupo de obreros hacía corrillo a un orador improvisado. El hombre hablaba pestes del Gobierno, y su brazo moreno y nervudo se extendía en actitud amenazante hacia el palacio del representante del Ejecutivo. Su voz, incisiva y amarga era un aullido . . .

—«El orden...! He aquí el lugar común de los explotadores! . . . ¿Qué cosa es el orden...! Pues bien, yo os lo diré. El orden es la explotación que tres habilidosos hacen de una multitud de tontos... ¿Y qué cosa es el desorden? La gritería de una multitud, — que no quiere ser, de tontos—, a tres habilidosos . . .» «Los obreros aplaudían inconscientes y entusiasmados; pero Tomoyo, perdido entre el corrillo, presentía algo, adivinaba algo, así como el perfil de una injusticia, como la vaguedad de un problema tremendo y doloroso . . .

«Cuando dejó de hablar, Tomoyo se le acercó lleno de respeto, y le confesó su pena:

—Hace dos días que no como . . .

—¡Pobre muchacho! Mañana serán tres.

—¿Y usted no tiene una chauchita?

—¡Qué voy a tener!

Y como consigo mismo:

—«No importa. Día llegará en que no lo necesitaremos. El dinero es un principio de desigualdad social. ¡Oh! Ya lo verán... Construiremos la ciudad sagrada sobre las ruinas y las piedras de Samaria!

«Tomoyo no entendió palabra y pensó que el hombre se había vuelto loco. Además lo cierto, lo real, lo que no necesita-

ba discusiones, era que el sol había alumbrado dos veces sobre aquel rincón de la Tierra, y que en todo ese tiempo no había probado un mendrugo de pan.

—«Por la... mala suerte!

«En la soledad de su tremenda angustia sintió deseos de atacar a alguien.

«Vió a un militar.

—«Estos canallas son los que tienen la culpa.

«Muchas veces había oído la frase en las asambleas huelguistas, y ahora, con su hambre, se le antojaba una verdad irrefutable. La sonrisa es suave y no cuaja en los labios del infortunio.

«Durante mucho rato estuvo hilvanando ideas incongruentes, y cada vez con más rudeza, las horas pesadas y monótonas, tenían crueldades de extrangulación.

«Caía la tarde. El horizonte, en un perfil lejano y quimérico, diluía en tonalidades de maravilla la acuarela del crepúsculo. Y Tomoyo, caminando... caminando... sin rumbo, sin ideas fijas...

«De pronto, a su lado, pasó una figura respetable y bondadosa. El corazón le dió un vuelco. Una voz íntima acababa de decirle que aquel hombre podía protegerlo.

«No titubeó un segundo. Decididamente llegó hasta él.

—«Señor, ¿quiere darme una limosna?

«El caballero se detuvo un instante.

—«¿Por qué no trabajas?

—«No tengo trabajo. Vendía diarios, y ahora no tengo plata pa comprar...

«No fué pródigo el protector, y le dió un veinte.

«Tomoyo saltó de contento. La voz de un tortillero, que pregonaba su mercancía, terminó por ponerle alegre.

—«¡Psht!... ¡Tortillero!... ¡Tortillero!

«Se detuvo el tortillero, descansando del pesado canasto.

—¿Cuántas?

—Una....

«Y Tomoyo, multimillonario de ilusiones, entregó la «chaucha», la única; reluciente, bella, salvadora....

Después, confiadamente, fué a sentarse en una solera....

«¿Cuánto rato estuvo ahí? ¡Quién sabe! Al sentir una voz a su espalda vino a darse cuenta que había quedado como en sueños....

—«¿Eres tú, Tomoyo?...

«Ni una corriente eléctrica que hubiera

pasado por sus nervios discordantes. De un salto se puso de pié.

—«Chepita!... ¡Chepa!... ¿Quian'dai haciendo?

«La abrazó. Era una muchacha enclenque y triste que apenas sumaría trece primaveras.

—«Ya lo vís... Ando a ver si pesco algo.

—«¿Y....?

«No se atrevió a completar la pregunta.

—«Malaso, Tomoyito. Desde ayer que no comimos. Mi mamá me enseñó que llorar elante e la gente, pero no pueo....

«Y sin querer, ahora, su pobre pecho se congestionaba por el llanto.

«Tomoyo sintió que la tierra se hundía bajo sus piés.

—«Dos días sin pan—pensó—¡Va, que importa! Chepa también los conoce, y es mujer....

«Y entonces, con una de esas voluntades que enaltecen el sexo, tomó una resolución heroica.

—«Mira, Chepa, ¿quiéres llevarte esta tortilla?

«Con las pupilas hambrientas y llenas de lágrimas, la chiquilla codició el pan, intacto en manos de Tomoyo; pero se repuso con dignidad.

—«Nó; tú talvez nó has comío;.... es pa vos....

—«¿Pa mí?... ¡Cállate, tonta! Desde ayer que ando a son de banquetazos.... ¡Si vieras!

«Y poniendo el pan sobre las manos de la rapazuela, echó a correr sin esperar la respuesta».

*
* *

Mi amigo había terminado su narración, y tras de las palabras de elogio que proferí, quedamos un buen rato en silencio...

¿Por qué sentí entonces, con más profundidad que en otras ocasiones, el sentimiento de la piedad?...

*
* *

Frente a nosotros el mar continuaba negro y amenazador....

La tempestad

A las 11.30 de la mañana zarpamos de Coquimbo. Se había desembarcado alguna mercadería, que se calcula en 60 toneladas, y se embarcó otro tanto. Vimos que se sacaba carga de la bodega para dar cabida a la nueva, y que no menos de 500 fardos de pasto fueron amontonados en la proa del buque.

¡Era demasiado! Algunos pasajeros murmuraban de que se recibiera tanta carga, sobre todo de la que se amontonó en cubierta, en proa, pues se veía que a esa altura, descontrapesaría al vapor y cualquier tumbo lo podía hacer perder el equilibrio.

Pero el ánimo estaba tranquilo. Coquimbo es como una tasa de leche; el oleaje era lento, aunque denso; se sospechaba que mar afuera dominara esa mar boba, de grandes alas aplanadas que zarandea los barcos como una cáscara de nuez.

Un optimista decía, respondiendo a una observación de otro pasajero:

—Mejor! Mientras más pesado está el buque, menos balanceo tendrá. Yo he navegado muchas veces.

Ante esta razón, fundada en la experiencia, callábamos; pero ¿por qué llevaba yo una tristeza, semejante al frío de un vacío en el corazón? No era el recuerdo de la amada que dejaba en La Serena, no era tampoco lo incierto de mi fortuna, que iba a buscar en lugares para mí desconocidos; eso era apenas como una imagen flotante que no desequilibraba mi espíritu. Lo que sentía era como un miedo, un temor a algo impreciso, que no podía imaginarme.

A medida que salíamos de la bahía, el oleaje parecía aumentar; eran como vastas ondulaciones de las aguas, aplastadas y de un brillo obscuro como el acero.

Ah! yo había surcado esas aguas en otro tiempo; era un día espléndido de sol, soplaba ligera brisa y las aguas livianas cabrilleaban en pequeñas olas que reventaban en efímeras líneas de espumas. Y entonces me sonreía la esperanza.

Ahora el barco empezaba a cabecear en largos balanceos. Cuando salimos de la bahía, ya se sentía soplar el viento sur.

Silbaba en las jarcias y las olas reventaban en la popa, produciendo el cabeceo.

Ya en mar afuera, como a las 12 del día, vimos cruzar más pegado a la costa el vapor «Tofo». Parecía hundirse y reaparecer bajo la ondulación de las olas; pero iba tranquilo y con marcha regular. Esto hizo desaparecer en mí todo temor racional; pero en el fondo pugnaba contra todo razonamiento un miedo triste.

No desaparecía el «Tofo» de nuestra vista, cuando en uno de los balances del «Itata», se sintió como un gran golpe profundo, y el buque inclinó a babor. Parecía navegar así inclinado. Se dijo entonces que la carga se había desacomodado, cayéndose al lado derecho. Hubo voces de mando, movimiento de gente, golpes de bultos que se cambian. El capitán había ordenado arreglar la estiba, pues efectivamente la carga se había desacomodado y el buque navegaba ladeado. Algunos pasajeros no podían mantenerse de pié en aquel plano inclinado y se aferraban a las barandillas.

Pasábamos ya la Punta de Teatinos. Entrábamos en esa zona peligrosa y legendaria de las alturas de Coquimbo, donde siempre el mar está agitado. Las señoras

se asoman a las ventanillas de sus camarotes, y prorrumpen en exclamaciones y ruegos:

—Virgen bendita! que no pase nada!

Corren leyendas siniestras sobre las alturas de Coquimbo: tempestades, sustos, naufragios.

Apenas había el buque recobrado su posición normal y ya la gente que trabajaba en la carga se había ido a tomar su rancho, cuando el fuerte balanceo que causaba el oleaje en aumento, produjo nuevos ruidos sordos de cajas que se tumban. Eran ya como las 12 y media del día, y se dió nueva orden de arreglar la carga.

Es indudable que no estaba bien acondicionada, puesto que tan fácilmente se desarreglaba.

El viento sur picaba fuerte, y su violencia iba en aumento. El cielo obscuro, pesado como una inmensa capa de plomo, parecía presagiar una tempestad deshecha. La mar se movía en grandes ondas pesadas; en la costa distante, que a veces se divisaba, se veía la espuma de las rompientes en grandes franjas blancas. De repente golpes de viento arrojan agua sobre la cubierta. Se cierran las escotillas; el agua corre

en la cubierta, pero se vacia en los balanceos o se escurre por los desagües.

Ya nadie queda en cubierta. Por las ventanillas de los camarotes asoman cabezas que miran asustadas; los silbos del viento causan miedo. En la popa se amontonan los pasajeros de cubierta o de segunda clase.

Todos al salir habían tendido sus camas para sentarse o pasar tendidos; pero ahora hay un gran revuelo; muchos han arrollado sus jergones y colchones; sobre los rollos se acuestan para pasar el mareo que empieza a producir efectos; otros se asoman por las aberturas de las lonas hacia el mar sacudido y el viento las azota y mueve con furia.

Hay una tristeza clamorosa en aquella masa de 150 personas, de hombres, mujeres y niños; hay rumor de rezos, exclamaciones de pena y de miedo; las mujeres cobijan sus pequeñuelos como si quisieran defenderlos de un peligro; los niños con los ojos muy abiertos se esconden en las faldas de sus madres; y los hombres, inquietos, ceñudos, profieren palabras gruesas para hacer callar las mujeres o dicen burlas en que la ironía se trueca en amargo sarcasmo.

El viento arrecia por momentos; zumba en las jarcias y amontona las olas. La mar boba se ha animado y las olas revientan ahora como fieras alocadas esparciendo sus cabelleras de espumas.

El cabeceo del barco, azotado por la popa, se hace cada vez más violento Algunos fardos de pasto acumulados en la proa caen y van a tapar el sendero que separa los camarotes de la maquinaria de proa. El agua pasaba de un lado a otro de la cubierta. Grandes oleadas reventaban cerca o en los costados y en la popa del buque, y lo inundaban.

Llevábamos ya dos horas mortales de tempestad, siempre en aumento.

Serían ya como las tres de la tarde cuando notamos que el «Itata» derivaba un poco hacia la playa, que se adivinaba muy distante.

Ibamos pasando cerca de la isla de los Pájaros, obscuro peñón tétrico en medio del mar. Allí las olas enormes como montañas rompían en los farellones con estruendo que daba miedo; y la resaca movía las aguas como un remolino. El «Itata» subía y bajaba en esas montañas de agua, y algunas olas eran tan rápidas que reventaban en los costados del buque y lo inundaban por completo.

La inquietud, el miedo era general. Voces de angustia partían de todos lados; los pasajeros querían salir de sus camarotes, pero los vaivenes no les permitían dar paso; y apenas se asomaban a sus puertas, que a dùras penas mantenían abiertas, se entraban de nuevo, asustados del aspecto del mar y del cielo. Yo me mantuve en cubierta cuanto pude, cogido a la baranda, empapado de agua, sacando el cuerpo a las olas que rompían cerca, temiendo ser barrido por una de ellas como un bulto de pasto.

Dios mío! qué horas de angustias y de temores, acoquinado ante la tremenda majestad de la tormenta!

El naufragio

Al escribir estas líneas, aun tiemblo de horror. Resuenan en mis oidos los gritos dilacerantes de angustia, sobre todo esos gritos de mujeres que parecen penetrar como una espada en el corazón. . . Quiero traer al recuerdo aquellas escenas, y no obstante, como una niebla se extiende en mi memoria; y vuelvo a ver aquella masa enloquecida de hombres, mujeres y niños en revuelta confusión, moviéndose, cayendo, llamándose, invocando a Dios; pugnando por sacar botes, metiéndose salvavidas y todo ese conjunto agitado, convulsivo, desmelenado subiendo, bajando, apareciendo y reapareciendo en los violentos vaivenes de aquella cáscara del viejo barco zarandeada por el oleaje, barrida por el agua; y siento, desde la baranda en que transido de frío y de horror, me afirmo, que por entre mis piernas, arrastrada por

una masa de agua, pasa otra masa humana: es un niño que ha resbalado y ha sido llevado por un turbión, que cae al mar enfurecido y desaparece en la vorágine. El horror eriza todavía mis cabellos.

Necesito dominarme.

Desde que interrumpí mi relato hasta el momento fatal, ha pasado como media hora de indecibles angustias.

El viento tiene violencia de huracán; levanta olas enormes que corren como fieras embravecidas y revientan en el costado del barco con un golpe seco, saltando en chorros hasta enorme altura. Hay un resonante crujimiento de maderas; parece que todo fuera a desarmarse, abrirse y exparcirse por la mar hirviente.

¿Por qué, me digo, el capitán no vuelve el buque para que las olas no azoten su costado? Cada golpe de ola produce el ruido seco, a veces fragoroso, de cajones que se derrumban; fardos de pasto ruedan de un lado a otro y chocan con las puertas de los camarotes. Dios mío! y en esos camarotes, que parecen ya pequeñas tumbas, hay personas que entre barquinazos y temores, lloran y rezan, y que encajonadas de antemano, se creerán muertas o en los lindes de la vida.

El barco ha perdido su control. El timón se ha roto con la violencia del oleaje, al querer hacerlo virar.

Un momento, entre los vaivenes del buque que tapan y descubren el horizonte obscuro, he visto al capitán, pálido y sereno, tratando él mismo de mover el timón; lo he visto después, tambaleándose y cogiéndose a bancos y baranda, pasar por la cubierta a impartir órdenes a gritos y a pitazos de bocina.

Debe haber alguna desmoralización en la gente del equipaje. Veo hombres mojados, vestidos de caucho negro, que van de un lado a otro como pueden, que dan órdenes, que gritan fuerte para hacerse oir sobre el estruendo del mar y del viento, y aparecen y desaparecen por las escotillas. Y otro rato, observo al capitán que llega a su cabina, toca timbres, grita órdenes en su bocina, y levanta los brazos desesperado, como clamando al cielo en su impotencia. El barco, ya sin gobierno, navega subiendo y bajando sobre el lomo de las olas, y su cabeceo es enorme. A veces su proa parece querer subir a las nubes amenazantes, a veces hundirse entre las aguas hirvientes.

Una ola inmensa se levanta y aumenta

de volumen, corriendo hacia el barco. Hay un desesperado esfuerzo del timonel por hacerlo virar para recibirla de soslayo, pero el barco camina rectamente y no tuerce a ningún lado; y la ola estalla en el costado de babor, tumba el buque y una inmensa masa de agua pasa por encima. Yo caigo arrastrado por ella, choco contra una banca atornillada a la cubierta, a la cual me aferro con desesperación y me salvo; pero veo que muchos bultos son llevados al mar. ¿Son cajones, pasto o personas?

Quiero arrastrarme hacia la sala de cubierta; voy cogiéndome a las bancas y salientes del piso. El barco sigue inclinado; no se endereza.

Un griterío inmenso, dilacerante se eleva de todas partes, del fondo del buque inundado, de los camarotes a los que se asoman caras pálidas y desencajadas chorreando agua, de la cubierta de segunda, donde la masa humana revuelta, tumbada, rodando entre camastros y rollos, es como un informe amontonamiento de bultos; y luego sobre este griterío, dominándolo con una nota profundamente triste, el mujido de los bueyes, el balido de los corderos, que con el golpe se han corrido hacia un

lado, formando otra masa semoviente e informe.

El horror crispa mis nervios, apesar de que en mis hábitos de periodista, pugno por conservar la claridad de la visión y la tranquilidad del ánimo. Era semejante a esa tranquilidad que precede al final descenlace de la vida. No me hacía ilusiones. Bien veía que no había esperanzas de salvación.

El capitán Caldera, que había logrado permanecer en su cabina trasmitiendo órdenes, fué sacado por la violencia de la ola y rodó, chocando contra el palo mayor y el reborde del techo del comedor. Le ví levantarse sangrando por la boca; se había roto la barba.

Era el momento supremo. Ya la cubierta se veía invadida de pasajeros enloquecidos, brutales que clamaban, que insultaban al capitán, que iba cayendo y levantando, y al cual se le exigía que hiciera echar los botes y se embarcara la gente.

El capitán dió órdenes para desamarrar los botes y las balsas. El barco tumbado, seguía a la bolina. El jadeo de las máquinas disminuía; la tempestad rugía, las olas eran más seguidas, el agua pasaba de un lado a otro derribando gente; había luchas a brazo partido y los contendientes

rodaban por la cubierta entrelazados. Era la lucha por la vida en su parte culminante.

El capitán grita que se embarquen primero las mujeres, lucha a golpes por abrirse paso entre la multitud agresiva. Entre tanto, se desamarra el bote y ya algunos, aferrados a los hierros de la toldilla, se trepan para meterse en él antes de que baje. Los tumbos del buque casi no permiten la maniobra.

Otra ola enorme, enfurecida, rompe en el costado del barco; pasa por encima y aquella multitud bamboleante rueda por la cubierta; algunos han sido llevados por el turbión y caído en el mar; se siente el golpe de la caída entre la cascada espumosa que se vacia, desde la cubierta al mar.

Casi al instante, otra ola levanta al barco por la popa; corre en la misma dirección del eje, violenta, enorme como un inmenso cetáceo que levantara el buque primero de la popa y luego de la proa; pero tan alto, tan vertical, que el «Itata» hunde la popa en el hueco que deja la ola que pasa, en el momento en que otra ola que la sigue lo cubre, lo tapa e innunda. El barco se hunde en el agua; cruje el ma-

deramen, un inmenso clamor se levanta entre el rugir del viento y los tumbos de las olas. Ha llegado el momento supremo. La muerte nos traga.

Entre la vida y la muerfe

Mis nervios se crispan y siento que la vida se empequeñece dentro de mí al recordar esos instantes supremos en que iba a caer en el infinito. Instintivamente rezaba; pronunciaba sin poder ilarlas los principios de las oraciones que aprendí en el regazo de mi madre. ¡Señor mío Jesucristo! Dios te salve María! Ampárame, Señor! Y no me avergüenzo en confesarlo, porque esos fueron los profundos y sinceros arranques de mi alma.

Me tiré al piso inclinado; me arrastré a gatas hacia la borda del «Itata»; tuve todavía cuidado de no tener nada a los pies en que enredarme; me preparaba a dar el salto mortal, a tirarme al agua. Debía saltar lo más lejos que pudiera para huír de la vorágine que formaría el casco al hundirse definitivamente. Y todas estas resoluciones no eran razonamientos, sino vi-

siones intuitivas, rápidas, violentas, incrustadas en el cerebro. Y temía lanzarme, esperaba un instante propicio.

Una última mirada al mundo de gente con el cual iba a morir, siempre rezando, siempre fuertemente aferrado a la borda, me dieron la visión de un espectáculo imborrable de horror y de piedad.

Arrastrándose, cogidos a la borda, en aquel plano inclinado del barco que en largos movimientos de planeo se iba hundiendo, sacudido por el oleaje, la multitud luchaba a empellones, a tirones, a bofetadas por treparse a los dos botes que se desamarraban; y esta escena brutal se desarrollaba entre gritos de auxilio, llanto, despedidas, insultos y maldiciones. Unos se aferraban a los que estaban delante, otros trepaban por los barrotes de hierro de la baranda; y otros, ciegos de furor, peleaban a bofetadas. Una pareja, estrechamente abrazada, con salvaje encarnizamiento, rodó por el pasillo y como piedras caídas de un cerro, rodando se hundieron entre el oleaje no menos enfurecido.

Entre el grupo enloquecido veo la fina silueta de la señorita Elba Recassens, llorando en grandes sollozos, abrazada a su

padre, en tanto que éste pugna por arrastrarla hasta el bote.

Un instante, un brevísimo instante de piedad luce en aquella turba brutalizada.

Llanto de mujer ¿a quién no ablanda?

Un hombre fornido y cetrino, de pelo revuelto, se abre paso a empellones; echa a rodar a varios y hace un camino a la pareja del padre y la hija hacia el bote. ¡Era el supremo homenaje a la mujer y la belleza! Apenas pasa, surge el bruto que defiende su vida y la lucha ardua recomienza entre ellos!

—Cancha. . . ! cancha pa la niña! había gritado aquel hombre, que parecía una evocación del salvaje primitivo. Su voz bronca, imperiosa resuena sobre el estruendo del mar y de los hombres con una potencia de mando que se impone; y apenas pasa ella, como última visión de belleza, elegancia y juventud, aquel hombre rudo gritó muy alto:

—Ahora. . . adiós, amigos! y se tiró al mar fervoroso.

Veo a Don Pablo Varas, con su sombrerito de paño verde obscuro de alas ariscadas, su gabán pardo, luchar a brazo partido por abrirse paso. El capitán Caldera lo llama. En aquel hombre jovial, fuerte y

animoso, que había sido oficial de caballería, instructor de reclutas y que ahora se dedicaba al comercio de animales, había desaparecido la placidez del rostro de hombre satisfecho, y una angustia amarillenta aplanaba sus facciones; y en sus ojos ví brillar un destello de salvaje energía. ¡La muerte o la vida! parecía decir, escabulléndose a codazos por entre la gente que defendía su cercanía a los botes. . .,su vida!

En la agudeza de la visión postrera, en ese paroxismo de la comprensión, recuerdo los días de auge de aquel comerciante o chalan, que en el ejército conoció el negocio de la provisión de carne, y un día dejó las armas y con sus ahorros y un socio inició el comercio de animales. Amistoso, alegre, bueno para el copeo en la cantina, recto en sus tratos, era de todos estimado. Palmeaba jovialmente el hombro de con quien trataba y anudaba un negocio frente a cocktail espumante.

Una voz ronca, preñada de angustia, llega hasta mí, muy cercana, en el estrépito de aquella batalla por la vida; es una voz que conozco.

—Socorro! grita; sáquenme de aquí!

Es Crisólogo Izquierdo y habla asomado a la ventanilla de su camarote. ¡Está blo-

queado! Con el rostro congestionado, en los ojos que saltan de las órbitas, en el escaso pelo revuelto, se ve su angustia. Gordo, plácido, charlador, con una voz baja confidencial, Izquierdo, siguiendo su costumbre, se había metido en su camarote ¡para no ver la tormenta, que le causaba miedo! Los tumbos del barco habían amontonado frente a su camarote rollos de cuerdas y fardos de pasto, que lo bloqueaban. La puerta, cargada por la inclinación del barco, tampoco se habría podido abrir.

—Salga por la ventana! le grito.

Oh! El ventanillo es pequeñísimo; apenas asoma en él la cabeza de Izquierdo.

Y el oleaje y el planeo del «Itata» van hundiéndolo rápidamente. Crujen las maderas, y saltan puertas, ventanas de los camarotes; el palo de proa se tuerce y quiebra con enorme ruido y amenaza caer hacia la popa. Toda la armazón de los camarotes se tuerce, se rompe la tablazón, saltan palos quebrados. Ya el agua me moja las piernas. Yo sé que en el instante preciso me lanzaré al abismo; yo quiero hacerlo en el último instante, para salvar en alguna madera o ser tragado por el torbellino; y por un instinto de miedo dilato el momento. Miro a Izquierdo que ha

sacado la cabeza por el ventanillo, haciendo esfuerzos por sacar el cuerpo. Pobre gordo! Cuántas esperanzas, cuánta lucha fatigosa se irán con él! Comerciante o tratante en las pulperías de la Pampa de Iquique, recorría a caballo sus caserías; y ahora llevaba para los ingleses equitadores, unos pocos caballos finos embarcados en Valparaíso y una gran cantidad de mercaderías, telas, granos, baratijas para exparcirlas entre los empleados de las salitreras.

Y ahora, con los ojos desorbitados, congestionado, ve acercarse el momento fatal encajonado en el camarote, como en una tumba. ¡Cuántos como él, por huir del mar embravecido y del mareo, se encerraron en sus camarotes y ya no pudieron salir! Oigo gritos que parten el alma; las oleadas inundan los primeros camarotes de popa; la cubierta en que iban los pasajeros de segunda está bajo el agua y empiezan a ser juguete de las olas inmensas, colchones, ropas, canastos, exparcidos a todos lados.

Horror! La maniobra de embarcar la gente se hace en el otro costado; yo estoy en la borda frontera hácia la proa; el bote ha descendido a la altura de la borda;

ya está lleno y empieza el descenso hacia las olas que suben y bajan; ya se largaron los cables. Esta maniobra ha sido brevísima. Un niño, de apellido Mora, que venía de Santiago, adonde había ido a pasar vacaciones, muchacho alto, despierto, lleno de ilusiones, ahora desencajado y las ropas casi deshechas, se ha trepado a la borda cogido de un barrote de la baranda, para dejarse caer sobre el bote que desciende. Una oleada sube de nuevo el bote hasta la altura de la borda, y él se lanza, cuando el bote, llevado por el agua, se aparta; y el pobre niño cae en el vórtice, entre el buque y el bote; y con él se hundieron todas sus juveniles ilusiones. Cuánta pena da ver desaparecer, tragado por el mar, una vida que apenas empieza!

En la excitación en que estoy, al borde de una muerte cierta, yo veo todo esto en un instante, mil veces menor del tiempo que gasto en escribirlo; pero la impresión es tan fuerte, que aun me parece estar viendo esas escenas indescriptibles y que detalladas no cabrían en volúmenes.

El agua me llega a la cintura; las oleadas me cubren por momentos. Ahora es tiempo. Me trepo como puedo sobre la borda, aferrado al hierro vertical y ¡adiós a la

vida! salto con todas fuerzas hacia el mar. Una ola que pasa me recibe en su torso; he caído de costado y nado con todas fuerzas para alejarme del barco; pero el buque se hunde en un planeo a fondo, y el turbión me arrastra hacia abajo. Creo morir; un instinto supremo me hace luchar y muevo brazos, piernas y salgo a flote, medio ahogado, los ojos turbios, sintiendo estruendos de mar en la cabeza, dentro del cerebro.

El agua está muy fría; el viento es más frío aun, y las marejadas son tan grandes, que apesar de que nado, no avanzo; si una ola me lleva, al pasar caigo en la hondonada que deja, y me siento sumergido. Y no sé hacia donde queda la costa; he perdido la orientación. Siento que ya no hay salvación para mí; que si no me ahogo luego, el frío paralizará mis miembros y me ahogaré más tarde; y no obstante, el instinto de conservación me dice que debo reservar mis fuerzas... por si acaso. Nado cuando una ola me sube, y dejo de hacerlo cuando ha pasado.

El buque se ha hundido; entre nubes veo uno de los palos sobre el agua, balanceándose hasta tocar las olas por uno y otro lado; siento gritos clamorosos de misericor-

dia, de socorro; creo ver las astas de bueyes y espero que se acerque uno para cogerme a la cola.

Mucho tiempo ha pasado y yo floto y nado esperando algo imprevisto, un auxilio de Dios. Un milagro me parece que es lo más natural.

Empieza a obscurecer; las nubes son casi negras, negro el mar, y todo rugiente, todo sacudido por el viento y el oleaje.

Un instante y veo un bulto negro que sobresale de las aguas. Tiemblo pensando que sea un tiburón; pero por las orejas que vislumbro sospecho que es un caballo. Nada hacia mí; procuro acercarme y al pasar quiero montarme en él; pero resbalo, se me escapa, ruedo en el agua y en el manoteo desesperado que hago, cojo la cola. Ya el milagro se realizó para mí.

El caballo nadaba vigorosamente; pero las grandes olas que venían de atrás pasaban por encima de nosotros y casi nos ahogaban. Durante una hora por lo menos fuí arrastrado por el caballo; pero se notaba que sus fuerzas decaían. De vez en cuando relinchaba y su grito parecía un lamento. Llegó un instante en que, cansado, fué sepultado por una oleada enorme que pasó por encima de ambos y

tardó en volver a la superficie; yo, medio ahogado, con la zabullida, me solté de la cola. Quise cogerlo de nuevo, pero me fué imposible. El noble animal no nadó mucho tiempo más; le ví desaparecer dos o tres veces y luego levantar la cabeza; pero a la cuarta ya no surgió. Yo seguía detrás porque suponía que él guiaba hacia la playa: su instinto era superior a mi razón y mis conocimientos.

Quedé abandonado y ví mi muerte próxima. El frío me producía calambres pasajeros en las piernas; las oleadas al pasar me cubrían bajo el agua; los ojos me dolían y apenas me permitían ver. Invoqué el recuerdo de mi madre, ví de nuevo mi novia tierna, hermosa y tentadora—oh! más que nunca tentadora, como un cáliz de vida al borde de la muerte—y rezaba sin cesar.

Boyando, para guardar fuerzas, nadando para avanzar y entrar en calor, iba en realidad dejándome llevar y siguiendo la dirección del oleaje. A la obscuridad gris de la tarde sucedía ya una obscuridad negra.

De vez en cuando caía sobre las aguas reflejos de la luna que asomaba entre nubes. Pero el cielo me deparó una imprevista ayuda.

No ví propiamente sino que choqué con un palo. Una ola lo arrojó contra mí; sentí un golpe violento en un costado, y al tender la mano, ví que era un palo redondo y grueso. Como pude me abracé a él; quise treparme a él, pero se dió vuelta y caí de nuevo al agua. Con infinitos cuidados, medio entumecido y torpe, me monté en él; y sentí gran satisfacción de poder enderezar el cuerpo y levantar la cabeza; pero un golpe de viento me inclinó y el palo giró y me hundí con la cabeza hacia abajo.

¡Qué esfuerzos tan penosos me costó subir de nuevo! Ya esta vez aleccionado, me tendí sobre el palo y crucé las piernas rodeándolo; así pude mantenerme a flote, no sin que las oleadas, siempre gruesas pero más distanciadas, me cubrieran y pasaran por encima de mí.

Yo sabía que las olas van hacia la playa. Me abandoné, pues, a la corriente, no sin nadar de vez en cuando, puesto boca abajo, cuando por instantes el mar quedaba quieto y el palo se encontraba en la dirección del oleaje.

Estaba ya totalmente obscuro. Nadie puede darse cuenta en una ciudad, en tierra firme, de lo que es esta obscuridad en el mar, en la inmensa y profunda soledad,

hundido entre las olas, sin siquiera una estrella en la bóveda negra del cielo. No es ausencia de luz; es negrura total. Sólo de vez en cuando lucía sobre las aguas revueltas un claror de luna.

El frío, el agua tragada, el decaimiento del ánimo habían disminuído mis fuerzas. Sentí especies de vértigos, de anonadamiento de todo mi ser; y en un momento, fatigas y trasudores de muerte. Me vinieron náuseas, como si estuviera mareado y arrojé mucho líquido amargo. Y con esto descansé y se me despejó la cabeza.

¿A qué seguir? La monotonía de esas horas mortales es fatigosa aun narrada. Las olas iban llevando el madero en que iba como crucificado, hacia la salvación o la muerte; el frío que sentía era profundo y total, como de hierro, desde las entrañas hasta la punta de los dedos.

Ah! por fin! el palo, en el impulso violento de una oleada que sentí reventar cerca, chocó con algo duro. ¡Una roca, sin duda! Otro golpe lo sentí en una pierna, que resbaló por algo duro y áspero, y experimenté un escozor. Me había rasmillado. Procuré en un instante de calma estirar un pie y me convencí de que había rocas aisladas; el fondo no podía ser muy

grande; la playa debía estar cerca; pero ¿y si no lo estaba?

Resolví aguardar un poco. Efectivamente, las olas siguieron empujando, mi salvavidas navegando y al cabo de un rato largo, excesivamente largo y augustioso, sentí que las olas rompían no lejos de mí. ¿Era otra roca o la playa? La expectación me hace olvidar por un momento el frío, la rigidez de mis miembros, el embotamiento de la cabeza que iba en aumento, volvían los vértigos, las ausencias del sentido.

Finalmente! Rodrigo de Triana no debió sentir más intenso placer al descubrir tierra que yo; él satisfacía un anhelo, yo salvaba la vida. Era la playa, rocosa pero tendida. Me deslicé del palo y asenté pié sobre guijarros; me caí sin poder mantenerme y con una desesperación ansiosa, tapado por el oleaje y la espuma, me arrastré a gatas, cogiéndome de las puntas ásperas hasta que salí a tierra. Apenas podía con mi cuerpo; gateando, o mejor dicho, culebreando, llegué a seco, en una playita de arena entre rocas bajas. Ahí quedé; apenas tengo conciencia de lo que pasó después. ¿Caí en marasmo o me dormí rendido? No lo sé. Cuando tuve con-

ciencia y pude moverme, quise levantarme, caí de nuevo, y así, arrastrándome, enderezándome y cayendo seguí tierra adentro, o lo que a mí me parecía tierra adentro.

Rumor de voces creí sentir; quise gritar y no pude; solo emití sonidos guturales; pero haciendo esfuerzos, logré al fin gritar. Vinieron dos hombres, que me tomaron de los brazos y me ayudaron a andar. Me hacían preguntas; no podía responder, articular palabras. Solo daba algo como gruñidos.

Recuerdo que entré en una habitación, me tendieron en el suelo, me fregotearon con fuerza y me dieron a beber algo fuerte, quemante, áspero. Era aguardiente, según supe después.

. . . .

Lá administración del mineral El Tofo ha cumplido cristianamente un deber de caridad. Me han dado ropa, de comer y de beber; me he repuesto y he conversado con otros siete salvados de la horrorosa catástrofe. Yo me he resistido a ir a Coquimbo; he pedido medios de locomoción para ir a la mina «Abandonada», no lejos del Tofo, donde tengo un amigo, compañero de colegio, que en estas soledades labra su for-

tuna arrancándola a las duras entrañas de la tierra, no más duras que las del mar.

Y aquí reposo y desde aquí te escribo esta relación de lo que ví y experimenté en esta horrorosa tragedia.—Tu afmo. amigo.—*Jorge X.*

Luchando con las olas

Relación de los demás náufragos.

La relación qne hemos trascrito de un náufrago, por intensa que sea en su verdad y por las dotes de narrador y observador de nuestro amigo, no da una idea de la catástrofe. De más de 300 náufragos solo han salvado 23, ni la décima parte. Los salvados en su mayoría han sido reporteados por periodistas, especialmente por los de *La Unión* de Valparaíso, que ha excedido a todos los demás diarios en recoger, anotar y comentar datos de esta tremenda mortandad.

El horror de esta múltiple desgracia debe permanecer en el ánimo público, para que se corrijan los defectos de nuestra organización marítima y un sentido de prudencia dirija las operaciones de la marina mercante.

Una ley ha dado a los navieros chilenos el monopolio del servicio de nuestra costa; la codicia los ha llevado a recibir en sus barcos más carga de la que, en tiempos de tempestades, pueden soportar, y a remozar viejos cascos abandonados.

Por otra parte, nuestra marina de guerra se ha demostrado ineficaz en el salvamento. Las excusas dadas—que trascribiremos para completar la documentación de este relato—no la eximen de responsabilidades. Si los barcos de guerra, las pequeñas unidades, no pueden salir con mares embravecidos, si no pueden acercarse a la costa, si no pueden flotar en pocas horas ¿para qué sirve o qué seguridades da de que en tiempo de guerra proceda con la premura necesaria? Si la «Chacabuco» no pudo siquiera echar botes hacia la isla de Choros a recoger cadáveres que flotaban ¿qué elementos de salvación tienen, o si los tienen ¿para cuándo sirven?

He aquí por qué hemos emprendido esta obra de recopilación de datos: la piedad, el dolor que de sus páginas debe fluir, debe ser un perpetuo recuerdo de esta horrorosa tragedia para que se llenen los defectos de régimen de navegación, de elemen-

tos de salvamento y de seguros de vida para las tripulaciones.

Cuántas familias en la miseria! Algunas han desaparecido tragadas por el báratro, padres e hijos; pero otras han perdido sus sostenes, los hombres de empuje que se lanzaban al mar a conquistar situación, dinero, acaso la fortuna.

Sigamos, pues, este calvario. Vamos a trascribir relaciones de otros náufragos que salvaron. Son las versiones recogidas poco después de su llegada a Coquimbo y Valparaíso. Algunas pequeñas contradicciones o diferencias de detalles no significan sino que cada cual cuenta lo que vió o experimentó, pero es obvio que cada uno no ha podido ver todos los incidentes del naufragio y anotarlos.

Hablan los náufragos

Froilán Vásquez.

Froilán Vásquez era mayordomo de equipajes del «Itata» y pudo salvarse en el bote que se volcó a poca distancia de la playa.

Entrevistado por un periodista, dijo que se encontraba en el entrepuente cuando una excesiva y prolongada inclinación del barco, le hizo comprender en toda su inminencia el peligro.

—«Corrí entonces, dice, y me junté con el guarda-equipaje Francisco Ampuero, con quien salimos hacia arriba por la escotilla de popa y después de cortar las amarras de varios botes salvavidas, cayendo y levantando, llegamos a proa.

«Junto al compás magistral vimos al capitán señor Caldera, a quien ya se le notaba en el cuello o barba una herida que sangraba.

«Yo lo observé aparentemente tranquilo, haciendo los últimos esfuerzos por salvar su buque. Acompañábalo el marinero Luis Wilson.

«El vapor ya no volvió a su posición normal. Cuando ya ví toda esperanza perdida, pues éste hacía más y más agua y reinaba a bordo un tole-tole infernal, me resolví a saltar, en el mismo instante en que estallaba una caldera y me arrojaba a enorme distancia.

«Provisto de un remo y arrollado un salvavidas a la cintura, nadé en dirección del bote que divisé más cerca y en el que alcancé a ver al capitán, que acababa de ser recogido por algunos de los náufragos que ocupaban la embarcación.

«Juro que yo fuí el último en tomar sitio en ese bote, que ya no tenía capacidad para un solo individuo más.

«Apenas embarcado me quité el salvavidas y se lo pasé a un señor de cierta edad que iba junto a una niñita. Supongo que se tratará del señor Recassens y de su hijita. El lo recibió y se lo ciñó a ella a la cintura. Yo me deslicé hacia popa y mientras el bote avanzaba gracias a la vela que se había improvisado con el abrigo de don

Pablo Varas, tomé el gobierno utilizando el remo como timón.

«Así avanzamos llenos de zozobra y esperanza. Recuerdo que la niñita del salvavidas le preguntaba al caballero si llegaríamos pronto a la playa, recibiendo de todos nosotros palabras reveladoras de una seguridad que nosotros mismos estábamos lejos de sentir.

«Después volcamos y si yo salvé creo que lo debo sólo a la Divina Providencia».

Bernardo Aguila.

—¿.........?

—Cuando el buque se tumbó, le cuenta a un repórter de *La Unión*, yo estaba durmiendo en mi camarote y al ver el peligro que corría, me tiré por una ventana; salí corriendo hacia cubierta, llegando hasta el palo de popa, que en esos momentos, con el buque tumbado hacía las veces de tangón; subí al palo y corriendo por él salté a una balsa que estaba a un metro de distancia de la punta del palo, quedando sobre ésta sano y salvo.

La balsa había sido llevada al costado por el carpintero del buque Manuel Ojeda.

Cuando el buque se hundió, la balsa también se hundió, pero volvió a reflotar.

En la balsa estábamos embarcados veintitrés personas, entre ellas una señora. Yo estuve enredado en una boza que había encima de la balsa, pero esto duró poco, porque con Ampuero botamos la boza y todo quedó listo.

Luego que estuvimos libre, nos desabracamos del lado del buque, para no hundirnos en el remolino que se formaría.

—¿.........?

—Cuando el «Itata» se iba dando vuelta de estribor a babor, se iba hundiendo; dándose en seguida, una vuelta de campana.

Minutos después de haberse hundido, hicieron explosión las calderas, dejándonos a todos tiznados, con el hollín, pero sin ocasionar daños a los que estábamos en la balsa. Eso sí que a los que estaban nadando los quemó, como pudo comprobarse después cuando se encontraron algunos cadáveres completamente quemados.

—¿............?

—En el mar habían más de un centenar de personas vivas flotando, tomadas de las tablas, jabas y de la cajonería que quedó flotando, arrojadas al mar por la explosión de las calderas; de los bueyes y corderos.

Nosotros vimos a un náufrago que se hundió con un toro al cual se había tomado de las astas, luchando ambos por conservar la vida y sepultándose juntos en el mar.

El primer piloto don Ramón González y el camarotero don Abdón Kawles, estaban agarrados de un cajón y *se los comio el mar.*

—¿..'...........?

—La hora precisa del naufragio fué las dos y veinte minutos, porque unos pasajeros que subieron a la balsa después de caerse al mar, con el hundimiento, salieron a flote y los recogimos; sus relojes de pulsera se pararon a las 2.20, de modo que se puede afirmar por esto que esa fué la hora de la gran tragedia.

—¿..............?

—Cuando estuvimos en las balsas, comenzamos a recoger a los náufragos que estaban a los costados, salvando a varios de éstos. Los demás flotaban lejos y eran llevados de aquí para allá por las olas en medio de un cuadro de horror que *deja chiquitito al terremoto*; las madres lloraban con sus hijos, sobre cajones y jabas, los padres recogían a sus hijos y buscaban sitios cómodos donde ponerlos encima de las ta-

blas que le servían de salvavidas. Así se veían más de un centenar de personas, entre ellas numerosos niños.

—¿..............?

—Iban a bordo más de cien niños, porque habían familias que llevaban cinco y hasta seis niños chicos. Los pasajeros eran en su mayoría señoras, los cuales escogieron el buqne para sepultarse en medio de escenas de horror que nunca olvidaré. Llegó a tanto mi horror que cerré los ojos para no ver mas, dice Aguila, con lágrimas en los ojos, pero siempre seguía oyendo los gritos de angustia, que partían el alma.

—¿......?

—Iban a bordo más de cuatrocientas personas, entre pasajeros y tripulantes.

—¿......?

—Hasta las ocho de la noche, hora en que estábamos en los sitios precisos del naufragio, aún veíamos a más de cien personas que pedían auxilios y flotaban agarradas a los tablones, jabas y cajonerías, de modo que si llega auxilio se salvan todas ellas; pero el «Chacabuco» llegó al día siguiente, a las nueve, cuando habían sólo cadáveres y uno que otro náufrago en los botes y en las rocas de la costa, cuyo número ya conocerán.

—¿......?

—El viento huracanado llevaba la balsa hacia el norte y la azotaba furiosamente. Conseguimos salvarla con dos tablas que recogimos del mar, sobre las cuales azotaban las olas con gran furia, mientras que con un remo nos servíamos de timón para darle una dirección determinada.

Como medida de precaución acollaramos las dos balsas para que no fuera ninguna a perderse, y porque así íbamos más felices al ver que en medio de nuestras angustias nos habíamos salvado tantos. Pero esta felicidad duró sólo el día que, cuando las sombras de la noche llegaron, una sensación de angustia se apoderó de todos nosotros.

Y no hablábamos, y nos dirigíamos la palabra en tono más serio, pues presentíamos algo más terrible aún.

La angustia fué más terrible cuando una hora antes de llegar, a las rompientes se hundió una de las balsas, pasando los náufragos a la que había quedado a flote.

—¿......?

—El que mandaba a bordo era yo. Me sentía comandante, y todos obedecían con esa fe ciega del que anhela ganar la costa, porque en ello le va la vida. Además, yo

conocía la costa y sabía lo traicionera que eran las rompientes, y más que todo esto, teníamos el temor de que, el fuerte viento huracanado que soplaba, nos sacara mar afuera, pues que, si la balsa la saca el viento de Cruz Grande, estábamos perdidos.

—¿......?

Sobre la balsa, teníamos que librar una lucha desesperada con el viento y las olas que azotaban encima: pudiendo decirse que nos salvamos los más vigorosos para aferrarnos con fuerzas a la balsa misma; si nó, nos arrebataban las olas. «*Parecía que el mar quería matarnos, señor*».

—¿......?

—Esta lucha duró desde las 2.20 de la tarde, hasta las 4 de la mañana del día siguiente.

—¿......?

—La última balsa en que íbamos se dió vueltas en las mismas rompientes, tirándonos a todos al mar. En seguida alcanzamos la balsa, subiéndonos sobre ella y aferrándonos con las fuerzas que da la desesperación por conservar la vida.

—¿......?

—Las rompientes tienen cuatro cuadras de largo, y son muy peligrosas, por eso tuvimos que sufrir allí más que en ninguna

parte. Murieron en las rompientes nueve personas, sin que pudiéramos prestarle auxilios, aunque veíamos las cabezas flotando al lado de la balsa; la fuerza de las olas era tan grande que teníamos que hacer uso de todas nuestras energías para salvarnos. No podíamos, pues, preocuparnos ni siquiera de largar una mano de la balsa, donde nos aferrábamos con la desesperación del agonizante. Ni siquiera nos mirábamos, porque teníamos terror, pensando que el mar nos fuera a arrebatar al compañero que ya había luchado tanto por conservar la vida, y llorábamos al pensar que íbamos a perderla tan cerca de la costa. Cada uno hacía lo mismo. «*La mar bramaba, y por momentos quería sepultarnos*». Entonces pensé morir, y sollozaba de angustia por mis hijos y mi mujer abandonados. La noche, obscura, hacía más tétrica esta situación. En la rompiente no había gobierno, de modo que yo no sé cómo nos salvamos. Pensábamos que teníamos que morir junto con la balsa, ya que nos agarrábamos a ella con las dos manos, y la desesperación del náufrago.

—¿......?

—A las cuatro de la mañana, nuestro compañero de angustias, Ismael Ojeda, da

el grito de «*Arena*»*!*, que sonó en nuestros oídos como el grito de salvación y la vuelta a la vida.

Cuando la balsa quedó varada en la arena, saltamos de ella, y todos comenzamos a correr tierra adentro, llamándonos por nuestros nombres, como si quisiéramos pasar revista, pero sin detenernos, porque «*parecía que el mar venía detrás de nosotros para matarnos*». Era el terror, que todavía no nos abandonaba. Paramos nuestra carrera al llegar a un monte de arena, donde los ocho que habíamos salvado abrimos un hoyo y nos enterramos, amontonándonos unos contra otros, para darnos mutuamente calor, pues estábamos helados de frío.

A las cinco de la mañana, según el reloj Waltam de uno de nosotros, que no le había entrado el agua y seguía sirviéndonos de guía de la hora, comenzamos a andar, para entrar en calor, pues el amontonamiento en la arena no nos había dado resultado. Estábamos embarados, y necesitábamos entrar en calor.

Dos no nos separamos, Ramón Unamuna y yo. El hambre nos hacía sufrir, acrecentada con la noche de angustias pasada, y entonces, con Ramón nos fuimos a bus-

car mariscos para comer. Entonces sólo nos perdimos de los otros seis compañeros.

Cuando andábamos por la costa, vimos un humo, señal de que había viviente por allí, y cayendo y levantando, fuimos hasta llegar al sitio que era para nosotros la salvación. Ramón era de entre los dos, el más fuerte, y me dejó lejos.

Unamuna interrumpe, ante estas declaraciones, diciendo: «*Es que ya nos cazaba el tigre*». Teníamos que llegar ligero donde nos dieran algo de comer. En la primera casa que llegamos, nos prestaron auxilio con todo cariño».

En seguida continúa Aguila su interesante relato:

—Cuando estuvimos en la casa, la dueña nos dió pan, queso, nos preparó té y luego hizo sopaipillas, para alimentarnos. Todo esto, con un afecto tan grande que parecía que fuéramos sus hijos los que llegábamos.

Hicieron una gran fogata para que secáramos la ropa: mientras tanto, nos pasaron unas frazadas para abrigarnos.

—¿. . . . . .?

—El pueblo de Los Choros estaba a cinco cuadras de allí, y cuando las ropas estuvieron secas, nos dirigimos a él. Allí en-

contramos al primer sobrecargo, señor Arriagada, y a un pasajero de primera clase, don Miguel Abrigo Julio. Ver al único oficial sobreviviente y abrazarlo, fué todo uno; lloramos ahora de gusto al vernos con vida, después de la noche más trágica de nuestra vida.

Nos dijeron ellos que se iban a ir a Cruz Grande, y pensamos hacer el viaje juntos.

En esto llegó un dragoneante de carabineros, que fué al despacho, nos compró pisco y nos daba a beber, para que entráramos en calor.

Se nos llevó después a la casa de la señora Blanca Alcayaga de Herrera, esposa del subdelegado de Los-Choros, la que se portó con nosotros como una madre.

Nos hizo preparar una cazuela de gallina, que la comimos bien caliente, reponiendo con esto nuestras fuerzas agotadas. En seguida nos dieron todas las camas de la casa y algunas que los vecinos trajeron para nosotros.

En aquella hospitalaria casa estuvimos desde la una de la tarde del Martes, hasta dos días después, pasándolo tan bien que nos parecía que allí habíamos encontrado los cariños de nuestras madres. Teníamos los pies hinchados, y como no hay allí bo-

tica, los vecinos nos traían las pocas pomadas que tenían para que nos pusiéramos en los pies. Los más enfermos aprovechaban de estas pocas medicinas, hasta que llegaron los oficiales de policía, señores Roberto Aliste y Luis García, que enviados por el Intendente interino de la Serena, acudían en nuestro auxilio, llevando algunas medicinas.

Estos oficiales llevaban orden de desenterrar los muertos y traerlos a Cruz Grande, operación piadosa que realizaron primero que nada. Sacaron del Cementerio seis cadáveres que habían sido sepultados sin ser identificados, todos los cuales fueron traídos a Coquimbo.

Después llegaron desaforados a la casa donde estábamos. Nos abrazan y felicitan. Nos tratan como si fuéramos niños queridos y regalones; terminan diciendo: «traemos órdenes del Intendente señor Floto, de cuidarlos y proporcionarles todo lo que les haga falta».

Y acto seguido, dió orden al despacho para que se nos diera cuanto nos hiciera falta, siendo por esto, ahora aún más atendidos y con más tranquilidad por nuestra parte, porque no constituíamos ya una car-

ga para familias, cuyos recursos no eran muchos para tantos gastos.

Los oficiales alquilan los caballos disponibles y el Miércoles, a las nueve de la mañana, emprendimos viaje hacia Cruz Grande, en carabana. Caminábamos todos juntos, en la cabalgata ¡más cómica, pues, como éramos muchos los que nos juntamos, algunos tuvieron que venirse en burro. Uno de éstos era Ramón Unamuna, que por ser día de San Ramón le hacíamos el chiste de decirle que «Iba a caballo en un burro en el día de San Ramón». No podíamos galopar por estar rendidos y porque el camino era pésimo, atravesando arenales y caminos rocosos, hasta llegar a Cruz Grande, a la una de la tarde.

En el camino, los caballos se cansaron, pero llegó un refuerzo enviado y dirigido personalmente por el primero de Carabineros, señor Covarrubias. Veníamos nueve náufragos, unos a caballo, otros en anca y otros en burro. Cuando llegamos a Cruz Grande, nos llevaron al Hotel. Allí acudió el caballero norteamericano Mr. Moris, que se portó generosamente con nosotros. Nos llevó a sus oficinas, nos proporcionó la poca ropa que podía: dándonos a unos calzoncillos, camisetas, camisas y ropa ex-

terior, que nos quedaban muy grande, pero que la aceptábamos con reconocimiento por ser tan noble la forma como se nos la obsequiaba y por la necesidad que teníamos de ella.

Unamuna, agrega: a mí me dió un pijama que me crubaza dos veces, que agradecí mucho más, porque revelaba que el noble caballero nos dió cuanto tenía disponible, sin reparar qué ropa era.

—¿......?

—Después que quedábamos instalados y vestidos tuvimos misiones piadosas que cumplir, la de recoger e identificar los cadáveres de los náufragos que el mar dejaba en la playa de Cruz Grande.

Cadáver que se encontraba iba Mr. Moris y yo a reconocerlo; nos acompañaba en esta misión el 1.° Covarrubias, que se portó noblemente con todos.

Teníamos un anhelo muy justo; el de encontrar el cadáver del capitán Caldera. De modo que cuando íbamos a la playa pensábamos, «si saldrá el suyo entre los cadáveres»; «porque no es posible que nos vamos a ir sin el capitán ni con su cadáver». Decía con honda pena aquel rudo marino como si se tratara de un padre del que estuviera hablando.

Por fin salió un cadáver cubierto de arena, con una herida debajo de la mandíbula, que por la angustia que sentía no me dí cuenta a qué lado la tenía. Después de lavarle bien, de quitarle los restos de ropa destrozadas reconocimos al desgraciado capitán Caldera que tan bueno fué siempre con nosotros y más aun conmigo que fuí su mayordomo.

—Cuando ya teníamos gran parte de la misión cumplida nos embarcamos en el vapor «Tofo» para Coquimbo, todos los náufragos, trayendo los cadáveres del capitán Caldera, de la señorita Rebeca Moya y otros pasajeros más, en número de ocho.

La despedida fué triste, nosotros dábamos las gracias y ellos nos despedían con los pañuelos y sombreros, mientras los pitos de la fábrica nos daban una triste despedida, que desde a bordo contestábamos agradecidos mientras el «Tofo» contestaba los pitazos.

—¿......?

—Al llegar ã Coquimbo el «Tofo», nosotros desembarcamos en el muelle; la gente se apretaba en el muelle, los malecones y en la plaza a la salida del muelle no había por dónde pasar. Muchos lloraban y nos abrazaban sollozando cuando salía-

mos, no dejándonos andar casi. «Tuvimos que hacer corazón de piedra», para no morirnos de pena todos los que allí íbamos.

La sociedad de Coquimbo nos trató con todo cariño. Caballeros, nos llevaron al club y allí nos rodeaban de toda clase de atenciones.

Nos llevaron al Hotel de la Marina, donde nos atendieron muy bien por cuenta de la compañía en que navegábamos.

En la tarde la sociedad, representada por sus damas, entre las cuales recordamos con cariño a una señora que le decían Pepa, nos hace objeto de una significativa manifestación de cariño; nos reune a los cinco y nos reparte ropas y diversos objetos que habían colectado las damas en nuestro beneficio, delicada atención que siempre agradeceremos conmovidos.

—¿...............?

—Es cierto. La indignación en Coquimbo es grande. Recordamos que un día nos llevaron al club y allí se encontraba un oficial del «Chacabuco», al cual le dijeron: *«aquí vienen estos náufragos salvados por el «Chacabuco»*.

Estas escenas se repetían por donde quiera que fueran marinos del «Chacabuco», ocasionándoles molestias.

—¿...............?

—Tenían razón. Cuando el «Chacabuco» anduvo recorriendo el sitio del naufragio, había en la costa dos náufragos abandonados y tiritando de frío; éstos pusieron una chaqueta en un remo para hacerles señales, las que no fueron vistas de a bordo. Estos náufragos que son Augusto Serrano y Evaristo Pino, tuvieron en peligro de morir de frío, abandonados en la playa, si no reciben auxilios.

A las once del día, nuestros compañeros estaban en tierra, pero no los vieron. Estaban en la Punta de la Playa de Choros, y si no es por los carabineros que recorrían la playa, y los salvan, tendríamos que llorar dos víctimas más.

—¿...............?

—El radiotelegrafista señor Carlos Wilson no tuvo tiempo de hacer llamados de auxilio, porque el vapor se hundió en tres minutos, dándose vuelta de campana. Si dura diez minutos habría sacado siquiera los botes con sus remos.

—El capitán estuvo a bordo en el puente hasta que el buque se hundió y se le recogió en el bote, según nos dijeron los que allí iban.

—¿...............?

—El cemento iba en las bodegas, porque yo lo ví embarcar. Los animales iban en la cubierta especial que había para este objeto y cuando el buque embarcó agua, los bueyes y corderos se cargaron a babor, tumbando el buque.

—Todos saben cómo va a bordo la cajonería. Claro que iban frente a los camarotes. Pero yo no ví que se cargaran las puertas de éstos. Pero sí, que la pacotilla que iba era mucha y en todos los pasillos.

—¿...............?

—No nos vinimos en el «Quito», hasta que estuviéramos todos juntos. Nos embarcamos en el «Taltal», para llegar a nuestro querido Pancho, donde desembarcamos casi desapercibidos, pues, nadie se dió cuenta de que éramos los náufragos del «Itata», nos dice, terminando un relato que le ocasionó alguna fatiga y muchas emociones intensas, que nos iba trasmitiendo a medida que hablaba.

Preguntamos a Unamuna, si tenía que agregar algo más a lo dicho y éste dice que está conforme con el relato de su compañero.

Agrega que él estaba en el salón de fumar, porque le parecía que le avisaba el

corazón que algo tenía que ocurrir. Yo tenía miedo.

Aguila le interrumpe: «¿Tenías miedo a la mar? Eres un cobarde».

Cobarde nó, replica a su vez Unamuna, pero el mar tiene sus traiciones que arrastra a la muerte, como a tantos de nuestros compañeros.

El sobrecargo señor Arriagada.

El siguiente es el texto del reportaje que le hizo un diario de Coquimbo:

«Salimos de Coquimbo a las 11.10 de la mañana sin novedad y fuera de todo peligro, llevando en la bodega de proa 4,007 sacos de cemento, 3,900 sacos de cemento a popa; a proa pasto, para Iquique 800 fardos, 500 para Taltal, para Antofagasta como 500 cajones de surtido; para Arica iban como 250 bultos y para Taltal, 500 fardos de pasto y como 600 bultos surtidos para los demás puertos. Toda esta carga fué embarcada de Valparaíso. En popa llevábamos como 500 fardos de pasto para Iquique, 500 sacos de cebada a Tocopilla; 500 fardos de pasto a Taltal y como 400 bultos surtidos para diferentes puertos.

En Coquimbo no se recibió carga en bodega de popa, pero en la de proa se recibieron 76 bultos, varios saquería y cajones y 219 bultos fierros para Arica; para Antofagasta 180 fardos pasto y 80 sacos de papas. Olvidaba decirles que también se recibieron en Valparaíso en la bodega de proa 162 barriles de vino; animales de Valparaíso 213 vacunos. En Coquimbo embarcamos 500 corderos.

La carga iba muy bien estibada y sin ningún peligro.

De Coquimbo salimos con un poco de viento sur hasta pasado la isla de Pájaros y el buque botaba bien el agua por los imbornales, los cuales iban perfectamente limpios; pero al pasar esta isla, el viento aumentó en fuerza levantando un fuerte oleaje por el lado de babor, arrojando al buque más o menos unas sesenta toneladas de agua.

En estas condiciones los imbornales no dieron abasto y el buque se tumbó a babor por el peso, demorándose más o menos 3 minutos en hundirse.

Debo advertirles que el capitán señor Caldera hizo todo lo que pudo por salvar el buque, procurando ponerle proa a la marejada, pero el buque no obedeció por

la rapidez con que el agua se embarcaba. En los momentos de hundirse, sorprendió a todo el mundo desprevenido y pereciendo con el buque toda la gente de los camarotes y cubierta, logrando tomar los botes solamente las personas que estaban más cercanos a ellos.

Como algunos botes estaban amarrados a mucha altura, cuando se procuraba bajarlos, se dieron vuelta llenos de pasajeros.

Yo me embarqué en el bote N.° 1 juntamente con el contador señor Gómez, telegrafista señor Carlos Wilson, 2.° piloto señor Guillermo Ramm, Ricardo Recassens y varios pasajeros más en un total de 33 personas con tripulación.

Una vez arriado el bote, al momento de hundirse el buque salió a flote el capitán señor Caldera, nadando, porque nunca abandonó su mando hasta cuando ya vió las esperanzas perdidas. El primero en ver al capitán fuí yo, tirándole un par de pantalones que encontré en el bote, atracándole al costado y subiéndolo al bote. En seguida saqué, en compañía de otro compañero, al 4.° ingeniero, señor Manuel Hallyburton, al maestro de equipaje Froilán Vásquez y al marinero Luis Wilson, siguiendo viaje al norte.

El segundo piloto armó una vela con el abrigo de don Pablo Varas y unas tablas sacadas del mismo bote. Desde esta hora, las 2.30 poco más o menos, navegamos en esta forma con rumbo al norte, hasta las 5.15. El bote en estos momentos iba al mando del capitán porque una hora después del naufragio recobró su conocimiento hasta el momento de llegar a la playa donde las olas reventaban, es decir donde el bote se volcó, el capitán impartía órdenes a los marineros tal como si estuviera en el buque, al mismo tiempo que les daba ánimo y energías.

Como les digo, a media milla de la playa el bote se volcó, quedando debajo el capitán, el contador, tres pasajeros, entre ellos don Pablo Varas, Rebeca Moya, Ricardo Recassens, el 2.º salonero Luis Reta y varias personas más. Yo y varios otros saltamos a un lado cuando el bote se tumbó y seguimos batallando con las olas hasta las 8 de la noche más o menos. Llegué a la playa medio moribundo encontrándome en seguida con el pasajero Miguel Obrega y el marinero Gumercindo Peña, quienes me acompañaron todo el camino hasta el pueblo de Los Choros, a donde llegamos después de cuatro horas de camino.

Ahí alojamos en la casa de la señora Blanca Alcayaga de Herrera.

Todo este trayecto lo hice acompañado de mis compañeros por cuanto el agua me había dejado casi ciego. En esta casa encontramos muy buenas personas, dándonos toda clase de alimentos y abrigo.

Mientras tanto, el señor Pedro Hernández, el señor Herrera, dueño de casa, y demás familia salían a prestar auxilio a los demás náufragos que pudieran encontrarse en la playa, llegando al día siguiente con ocho sobrevivientes y los cuales se habían salvado en las balsas.

Una vez llegados los salvados en las balsas a la casa del señor Herrera, tomamos sus nombres y todos los datos necesarios y emprendimos el viaje acompañados del dueño de casa y uno de los carabineros de Cruz Grande, quienes nos habían prestado a todos muy útiles servicios.

Ellos venían a caballo y nosotros en burro. Yo y el pasajero Obrega hicimos el viaje en estas condiciones hasta donde termina la playa de Los Choros, encontrando en este punto a tres viajeros que también habían ido en auxilio, uno de ellos es un señor Cortés, éstos nos trajeron a la grupa de sus cabalgaduras.

El señor Herrera y su amigo se volvieron con los burros porque estaban completamente cansados y llegamos al pueblo de Cruz Grande como a las 4 de la tarde del día 29, donde fuimos muy bien recibidos del parte del Subdelegado Marítimo señor Contreras; por el jefe de Carabineros, señor Covarrubias, como igualmente por jefes y empleados de las minas del Tofo, quienes proporcionaron más tarde o sea el día 30, ropas y calzado a los demás náufragos.

Antes de embarcarnos en el Tofo, fuimos objeto de parte de todas las autoridades y público de ese pueblecito, de finas atenciones de las cuales estamos agradecidos.

También agradezco la actitud en beneficio de nosotros del inspector de policía, señor Roberto Aliste, de la policía de La Serena, como también del sub-inspector don Luis García, de esa misma policía, quienes trabajaron desde un principio por traer los náufragos desde Los Choros a Cruz Grande.

También agradezco en igual forma al Cuerpo de Carabineros por su buen comportamiento y empeño en salvar la mayor cantidad de gente, porque habían muchos que se trabaron por el camino.

Yo, terminó diciéndonos el señor Arriagada, soy de Valparaíso, soltero, de 22 años de edad, y estoy en la Compañía Nacional de Vapores como tres años y embarcado un año y medio en el «Itata».

El contramaestre don Rufino Jordán.

Habla el contramaestre:

Tengo hoy día cuarenta y ocho años de edad, navego desde la edad de 17 años; he servido catorce años en la marina de mi patria y estoy acostumbrado a los riesgos del mar.

Naufragué en el vapor «Limarí», en las costas peruanas, naufragio del que salvamos todos y ahora de la pérdida del «Itata», la catástrofe más horrenda que presenciaré en mi vida, nos dice visiblemente emocionado.

—¿De modo que con este naufragio se habrá Ud. despedido del mar?

—Mi vida está en el mar, señor, en tierra tengo mi hogar y mis afectos; pero no podría quedarme siempre en tierra y tan pronto mejore, me embarcaré nuevamente.

Pero, en fin, señor, esto no hace al caso, se ha pretendido dar muchas explicaciones

y hasta se hà indicado la causa precisa del naufragio, y nadie dá con la verdadera y única causa.

—¿Y cuál es esa causa?

—Unicamente el mal tiempo: el viento del sur, un verdadero huracán, que levantaba grandes olas, que azotaban al barco por el costado de babor, haciéndole dar grandes tumbos y embarcar mucha agua.

—De modo que el exceso de carga de que tanto se ha hablado....

—No es exacto, señor, el «Itata» salió de Valparaíso con su carga de siempre, y el viaje hasta Coquimbo se hizo con mucha felicidad, sin el menor contratiempo, como lo hacíamos normalmente.

En Coquimbo sólo se embarcó pacotilla, que, como es costumbre, se colocó en la cubierta.

—Pero también se embarcaron animales: una partida de bueyes y corderos, se nos ha informado, de la casa Baburizza....

—No es exacto, señor; en Coquimbo no embarcamos animales: el vapor salió de Coquimbo, llevando a su bordo los mismos animales que había embarcado en Valparaíso.

—Cuando Uds. salieron de Coquimbo, ¿no había ninguna señal de mal tiempo?

—Unicamente viento del sur y el mar estaba agitado, pero como eso es corriente en esos parajes, no nos llamó la atención.

Sólo cuando llevábamos algunas millas navegadas y el viento arreció y el «Itata» comenzó a dar fuertes tumbos de babor a estribor, me dí cuenta, que nos había sorprendido un temporal fuerte.

El mar fué azotando cada vez con más violencia y el vapor en cada tumbo embarcaba mucha agua, que no alcanzaba a salir por los imbornales....

—Porque se habían cegado con el pasto y el guano.

No es exacto; yo iba al cuidado de los animales y había dado instrucciones terminantes a los «toreros», para que no le dieran de comer a los animales hasta no haber salido del temporal.

La fuerza del mar comenzó a inquietarme: cada momento el balance era más pronunciado, grandes olas barrían la segunda cubierta del «Itata».

Veía el peligro, pero como yo había pasado muchas veces por ese sitio, no creía en la posibilidad de un naufragio.

Pero era conveniente tomar sus precauciones e hice revisar todas las amarras de los animales.

Mi gente se encontraba en esa operación, cuando el buque dió un fuerte tumbo; al recibir el golpe de una gran ola por el costado de babor, el «Itata» embarcó mucha agua y quedó tumbado hacia estribor.

Comprendí inmediatamente el peligro en que nos encontrábamos. Con la rapidez que la urgencia del caso requería, comenzamos a pasar los bueyes al costado de babor, para tratar de enderezar el buque; pero todos nuestros esfuerzos resultaron inútiles.

Posiblemente, la violencia de las olas, había empujado hacia el costado de estribor toda la pacotilla que iba en cubierta y el «Itata» no recobraba su posición normal.

Las olas seguían azotando con fuerza y por momentos el vapor se inclinaba más y más hacia el costado de estribor.

Entre tanto, los pasajeros que se habían dado cuenta del peligro, corrían por la cubierta superior, cayendo y levantando: las mujeres y los hombres pedían auxilio y no es para descrito el cuadro que ofrecían muchas madres que abrazaban a sus hijos y los reunían a su alrededor como si de ese modo fueran librados de la furia del

mar enbravecido que momentos más tarde los sepultaría para siempre.

El capitán y los oficiales se mantenían en sus puestos y todos hacían esfuerzos para salvar el barco y salvarnos todos de una muerte segura.

Pero el «Itata» no obedecía: hubo un momento en que la chimenea pareció tocar las olas y entonces comprendí que había llegado el momento supremo y dirigiéndome a mi gente, que se encontraba conmigo en la cubierta donde iban los animales, les dije:

—«Cuanto esfuerzo gastemos para salvar el buque nos hará falta dentro de un momento para salvar nuestras vidas: vamos a naufragar y hay que pensar en hacer algo por salvarnos.

Todos callaron, y rápidamente alistamos las dos únicas balsas que había a bordo y las lanzamos al mar: una fuerte ola la alejó inmediatamente del costado y de uno a uno nos lanzamos al mar y llegamos a la balsa.

En ese mismo momento una gran ola, tumbaba completamente al «Itata» se oía una fuerte explosión, el mar quedaba por un momento como una taza de leche y el

barco desaparecía para siempre de la superficie.

Lo que ví después, señor, no puedo describirlo. Desde nuestra balsa, donde nos habíamos refugiado veintidós hombres y una mujer, que siempre se negó a darnos su nombre, el mar parecía sembrado de cabezas humanas, que se hundían y aparecían nuevamente.

Gritos desgarradores que partían el alma de los que luchaban desesperadamente contra el mar embravecido.

Muchos trataban de acercarse a nuestra balsa, pero no podíamos recibirlos: el aceptar uno más habría sido nuestra muerte.

Y en ese cuadro de horror, ante la horrenda realidad de la muerte espantosa que nosotros aguardábamos resignados y tranquilos, aunamos nuestros esfuerzos y nos entregamos a la ventura, a donde las olas nos quisieran llevar.

Y así nos sorprendió la noche: el temporal seguía azotando con violencia, la luna nos alumbró más o menos hasta media noche, en que quedamos sumidos en la más profunda obscuridad.

No veíamos nada, pero conservábamos nuestro buen humor. A bordo de la balsa, se reía y hasta se gastaban bromas!!

Y como Jordán notara en nosotros una mueca de sorpresa con ese fanatismo propio de nuestra gente del pueblo, nos dice:

—No se extrañe, señor, que fuéramos alegres: sabíamos que íbamos a morir ¿qué habríamos «sacado» con entristecer los últimos momentos de nuestra vida?

En la balsa sólo iba un huaso del interior de Coquimbo, que lloraba como un niño y llamaba a su madre y a sus hermanas, que se habían quedado en tierra.

Yo lo llamé al orden y créame, señor, que al no haberme hecho caso, habría tenido que arrojarlo al mar, para que no hubiera descompuesto el ánimo de todos los demás.

Navegamos toda la noche; el mar nos azotaba con violencia, pero yo que en ningún momento perdí el conocimiento, daba la voz de orden, cuando venía la «reventazón» y todos se aferraban a los palos de la balsa y así pudimos conservarnos los 23, hasta las primeras horas de la mañana.

Estábamos cerca de la playa: las rompientes eran terribles y como comprendí que la balsa no iba a resistir al oleaje, me lancé resueltamente al mar, vestido tal como Ud. me ve.

En ese mismo instante una gran ola dió vuelta la balsa y todos quedaron debajo.

Y desde ese momente perdí de vista la balsa. Seguí nadando en dirección a tierra, pero las olas que reventaban me golpeaban terriblemente el cuerpo y ahora me siento materialmente molido y apenas si puedo andar.

En realidad, Jordán no puede sentarse y difícilmente puede mantenerse en pie.

—Nadé una media hora y cuando ya mis oídos zumbaban por el agotamiento físico y las fuerzas comenzaban a faltarme, divisé flotando sobre las olas un punto negro y nadé en su dirección.

Muy pronto me dí cuenta que era la balsa, nadé con más fuerzas y cuando estuve cerca pedí auxilio a grandes voces: nadie me contestó, hice un último esfuerzo y alcancé la balsa y me abracé de uno de los palos, dispuesto a no soltarme aun cuando se hiciera pedazos contra las rocas de la costa que se veía a pocas cuadras.

Sobre la balsa sólo estaban algunos de mis compañeros, los demás el mar los había arrebatado.

Estaban aferrados, con sus manos crispadas, a los palos del piso de la balsa y sólo por una especie de ronquido que se

escapaba de sus pechos, notaba que estaban vivos.

El mar nos siguió arrastrando a la playa y así debemos haber navegado mucho tiempo, y que no puedo precisar, pues quedé en un estado de semi inconciencia.

De pronto, sentí una voz que gritaba «tierra», en otro momento me habría soltado de la balsa, pero ese grito me hizo aferrarme con más fuerza y sólo cuando ví que mis compañeros corrían por la playa, me dí cuenta que habíamos salvado.

De los veintitrés que nos embarcamos sólo trece llegamos a tierra: la mujer que nos acompañó fué arrebatada por el mar, pocos metros antes de llegar a la playa y debe haber muerto ahogada.

Descansamos un momento y seguimos por playa de Caleta Choros hasta dar con la casa de una señora Rosa, que se comportó como una verdadera madre para con nosotros, hasta que nos vinieron a buscar de Coquimbo.

Me encontraba yo en muy mal estado, como ustedes se habrán dado cuenta al ver las lastimaduras de mi cuerpo, y me dejó dos días en cama.

—¿Y qué oyó usted decir del auxilio de la escuadra?

Yo estaba en cama y al día siguiente oí decir a mis demás compañeros que el «Chacabuco» andaba voltejeando por afuera.

Quiero, señor, que se sirvan hacer públicos mis agradecimientos a todas las personas y en general al pueblo de Coquimbo y a las autoridades que nos atendieron espléndidamente, a los choferes del servicio público de este puerto, los de los autos 586 y 625, que me han servido durante el día gratuitamente

—¿Y ahora se va a descansar a su casa?

—Sí, señor, y hasta que me mejore para volver a embarcarme.

—¿No le teme al mar entonces?...

—Ya he naufragado dos veces, de modo que no tengo temor de morir ahogado.

Mi mujer dice que me va a comprar un bote para que trabaje en la bahía y no me embarque, pero no es lo mismo.

—Si Dios quiere y «me tiene destinado» para morir ahogado, así debe ser y no hay remedio.

El fogonero Ernesto Cancino.

Preguntado por el sitio donde se encontraba cuando ocurrió el siniestro, Cancino dice:

—Me encontraba de guardia en las máquinas, desde las doce del día, cuando cayó una mar a bajo y después otra: mi compañero arrancó hacia la cubierta, siguiendo hacia la proa, sin hallar salida, encontrando allí la muerte.

Yo salí por un portalón y me arrojé al mar, salvándome la vida. En el agua me recogieron en la balsa, donde estaban los hermanos Ojeda y demás compañeros.

—¿......?

—Estaba de guardia el ingeniero señor Quiroz con el engrasador Oyarzún y otro compañero que no recuerdo su nombre. Todos murieron en sus respectivos puestos.

—¿.........?

—Cuando bajé a las doce del día, hacía mal tiempo, pero éste se empeoró después. Cuando salí al mar, ésta estaba brava. Entonces vimos algo que no se volverá a repetir. El «Itata» que al darse vuelta quedaba con la quilla a flote cuando se iba yendo a pique.

—¿............?

—En la balsa había un solo remo y en el bote salvavidas tres, pero chicos, por lo que se quebraron fácilmente.

El bote salvavidas en que iban los ofi-

ciales, se salvó porque el otro se volcó en el mismo costado.

—¿......?

—Después de estar trece horas en el agua, llegamos a tierra a las tres de la mañana y desde esa hora hasta la una de la tarde del día siguiente anduvimos hasta encontrar población.

Los demás datos coinciden con los anteriores por lo que no los consignamos.

Ismael Ojeda.

El primer salonero Ismael Ojeda fué el afortunado mortal que diera el famoso grito de «Arena»! de que hablan los náufragos y uno de los que primero echaron al agua la balsa que les salvó la vida; y desde ella con su hermano Manuel, salvaron a gran número de personas que allí encontraron seguro asilo hasta alcanzar la playa.

Ojeda es un hombre sencillo y de pocas palabras. Habla con claridad y precisión admirables para contestar a nuestras preguntas.

—¿......?

—Ningún oficial dijo a los pasajeros ni a nadie que se salvaran, porque el tiempo

fué muy angustioso, sólo cuatro minutos a lo más.

El capitán gritó desde el puente, según supe, sálvese el que pueda.

—¿......?

—Cuando ví que el buque se hundía me saqué la ropa, los zapatos y fuí hacia donde estaban los botes; los ví tan altos y tan peligrosos que pensé que al tomarlos tantos pasajeros, se podrían dar vuelta. Regresé para agarrarme al palo de popa, miré al mar, ví allí una balsa y desde una cañería de agua salté a la balsa a riesgo de quebrarme una pierna.

Después comenzamos a salvar a las personas que estaban al lado de la balsa, subiéndolas a ella.

El tripulante Zenón Cerda.

¿...............?

—Cuando el bote se dió vuelta, faltaban cinco cuadras para llegar a la playa. Todos los que iban cayeron al mar, salvándose muy pocos. Quedé en la quilla del bote con mi compañero, Juan Letelier, saliendo a la playa juntos.

Seguimos andando toda la noche, pero hubo un momento en que Letelier se negó

a seguir andando por impedírselo las piernas, por el hielo que hacía e ir él desnudo y yo apenas con calzoncillos. En el camino hicimos un hoyo para meternos en él y abrigarnos.

Cuando llegamos a la playa, yo iba delante y el pobre Letelier me seguía con dificultad, porque estaba entumecido. El infeliz compañero llevaba la vida en un pelo. Entonces le digo: «Compañero, ande y corra hasta que lleguemos a Cruz Grande, pero no pudo hacerlo, porque se le acababan las fuerzas. En la misma noche murió.

En vista de nuestra aflictiva situación corrí desesperado hasta llegar a Cruz Grande, con un susto padre, porque sabía que por esos lugares bajan leones.

En estado lamentable llegué a Cruz Grande, donde me acogieron cariñosamente; el subdelegado marítimo me dió un paletó viejo y me llevaron a una panadería donde me sirvieron café y me dieron ropa.

Eran las dos y media de la mañana, y fuí el primero en dar la noticia del triste y trágico fin del «Itata», con sus pasajeros y tripulantes.

Esta noticia se comunicó a Coquimbo y Serena y por ella se supo cuanto había ocurrido.

Al día siguiente, a las 4 de la tarde, llegaron Manuel Ojeda, Ernesto Cancino e Ismael Ojeda, que fueron los primeros que llegaron a Cruz Grande.

Los detalles ya los conocen, junto con el auxilio de los carabineros, que todos agradecemos sinceramente.

¿...............?

—A las 2.30 se avisó de Cruz Grande, que el vapor se hundía y el «Chacabuco» llegaba al día siguiente a las nueve de la mañana. Esto es lo que ha indignado a la gente en Coquimbo. Más aun: allí corren ciertos rumores de que el comandante en jefe no estaba en Tongoy, por eso hubo tardanza en enviar auxilios.

Don Miguel Obrega.

Don Miguel Obrega, único pasajero de cámara sobreviviente del naufragio, refiere qué cuando el vapor se tumbó por primera vez, subió a cubierta donde estaban los corderos y vió que el agua que se había embarcado no pudo salir por los imbornales, porque éstos estaban obstruídos por el pasto que se había dado a los animales y por ésto el vapor se cargó sobre babor, produciéndose el hundimiento rapidísimo.

Dice que los camarotes se hundieron llenos de gente, porque los bultos que se habían colocado por todas partes, se cargaron sobre las puertas; y después quedaron unos bajo el agua en todo lado de babor y los otros por el lado de estribor quedaron de cara al cielo, por consiguiente nadie pudo salir.

Agrega que se oían lamentos desgarradores y gritos de auxilio del vapor, desde el bote donde él estaba embarcado, en el cual iban también el sobrecargo, señor Arriagada, el telegrafista señor Carlos Wilson, el piloto segundo, el contador, el señor Pablo Varas, las señoritas Moya, Recassens, una señora y otro tripulante.

Continúa diciendo que en esa embarcación recogieron al capitán don Julio Caldera, que estaba como atontado.

Dice que el naufragio se debió a que no obedeció la caña del timón cuando cambiaba de rumbo.

Cuando estuvo en la lancha, dice que todo su pensamiento era llegar a tierra para organizar el salvamento de los pasajeros.

El bote avanzó rápidamente, debido a que el sobrecargo señor Pablo Varas, izó una vela en el bote, porque éste no tenía

remos, ni timón, ni chumaceras, ni el barril con agua, que son de reglamento.

El segundo piloto alemán se portó bravamente, dirigiendo el bote, pero se ahogó también cuando éste se volcó, al pasar por una rompiente, a tres cuadras de la playa.

El duelo público

La espantosa catástrofe del «Itata», dió lugar a las más encontradas manifestaciones de duelo y de indignación públicas. El comercio de Coquimbo, espontáneamente acordó cerrar sus puertas durante el día 2 de Septiembre, en señal de duelo.

En La Serena, el duelo se tradujo en un mítin que tuvo por objeto protestar contra la tolerancia de las autoridades marítimas de Valparaíso, que permiten que los vapores emprendan viajes cargando desmedidamente sus cubiertas con animales.

La indignación de la opinión pública, alcanzó también a la jefatura de la Escuadra de Evoluciones, a la cual se ha sindicado como indiferente para prestar a los náufragos un oportuno auxilio.

Se llegó a acusar al Almirante Schroeder, de carencia de sentimientos humani-

tarios, pues, se afirmó por un momento, que este jefe veía desde el puente de mando del «Chacabuco» flotar, a merced de las olas, los cadáveres de numerosas víctimas del naufragio, sin atinar a recogerlos, como era de su deber.

El pesar y la indignación, se han acrecentado a medidas que se ha ido conociendo mayores detalles de la catástrofe, los cuales, al juicio general, vendrían a consolidar la idea de que si el auxilio de las naves de guerra hubiese sido oportuno, más de cien vidas se habrían arrebatado a la inclemencia del mar.

Reproducimos a continuación, las conclusiones elevadas al Gobierno, después de realizado el mitin de La Serena, al cual nos hemos referido ya en párrafos anteriores. Es interesante anotar que este mítin fué presidido por las primeras autoridades de la localidad y prestigiado con la presencia de numeroso y distinguido público. Las conclusiones son las siguientes, enviadas en telegrama al Presidente de la República:

1.° Que el hundimiento del vapor «Itata» se debió en parte principalísima a las deficientes condiciones navieras en que quedó dicha nave después de las reformas

que se le hicieron para aumentar su capacidad de carga;

2.° Que la forma en que fué cargado dicho vapor en Valparaíso y Coquimbo adolecía de defectos tales, que hacían absolutamente peligroso su viaje al norte del país;

3.° Que producida la catástrofe, los elementos de salvataje de que dispone la Escuadra de Evoluciones anclada en la bahía de Tongoy, distante 67 millas del sitio del accidente, llegaron a prestar sus auxilios 18 a 20 horas después del hundimiento del barco;

4.° Que el crucero «Chacabuco», enviado al lugar del suceso, no recogió ningún cadáver de las víctimas por impedírselo órdenes que llevaba.

En virtud de las consideraciones anteriores, venimos en pedir respetuosamente a S. E.:

1.° Ordene abrir una amplia investigación para:

a) Establecer las responsabilidades que les afecte a los armadores y autoridades marítimas de Vaparaíso respecto a las condiciones de navegabilidad de la nave después de las reformas que se le hicieron;

b) Establecer las responsabilidades de las autoridades marítimas de Valparaíso y

Coquimbo sobre la forma en que se despachó la nave en su último viaje;

c) Establecer las responsabilidades de las autoridades marítimas de Cruz Grande y Coquimbo y del jefe de la Escuadra de Evoluciones por el enorme tiempo trascurrido entre el aviso del hundimiento y la llegada de auxilios al lugar del suceso;

d) Establecer el origen de la orden que impidió al comandante del «Chacabuco» recoger los cadáveres de los náufragos para darles honrosa sepultura.

2.° Que el nombramiento de Fiscal encargado de instruir el sumario sobre este accidente debe recaer en una persona que dé amplias garantías de imparcialidad y energía en el cumplimiento de sus funciones, estando en consecuencia implicados moralmente para servir dicho cargo los jefes y oficiales de la Escuadra de Evoluciones.

3.° Que como medida preventiva se nombre una comisión de técnicos competentes y honorables que informen sobre las condiciones navieras de todas las naves dedicadas al cabotaje a fin de evitar la repetición de estos siniestros marítimos.

Tenemos confianza de que S. E. acogerá benévolamente las anteriores peticiones».

En Coquimbo, La Serena y Valparaíso, el duelo por la espantosa tragedia marítima se cristalizó en sentidas ceremonias fúnebres,—que fueron realizadas en los templos,—y a las cuales asistió un numerosísimo público, que dió a estas manifestaciones de pesar un carácter pocas veces visto de solemnidad y recogimiento ante la pavorosa desgracia.

Al lento doblar de las campanas, que tocaban a muerto, se unieron las oraciones y rogativas de los fieles. Fué éste un acto de humanidad y emoción, que conmovió no sólo los corazones de los afectados directamente en su nacionalidad por la desgracia, sino también de los extranjeros que quisieron unir su conmoción y su recogimiento a las almas entristecidas por el dolor.

El alma nacional se sintió herida en lo más hondo y, con sus ojos llenos de lágrimas, se volvió hacia Dios como inquiriendo el por qué de tan tremendo castigo.

Sólo una palabra salía de todos los labios y esa palabra ascendía hacia el cielo, envuelta en los pliegues de perdón y de gracia con que se revisten las oraciones de los tristes.

La catástrofe ante la Cámara

El siniestro marítimo, cuyo epílogo ha tenido tan crueles resultados en pérdidas de vidas, dió márgen en nuestro Parlamento para un sentido debate, en el cual la casi unanimidad de la Cámara expresó su consternación y su pesar ante la horrorosa catástrofe.

Este debate sobre el hundimiento del «Itata», arroja sobre nuestras autoridades marítimas amargas y dolorosas verdades. Es él el reflejo de la opinión del país, que, desgraciadamente en este caso, roza de una manera poco favorable el prestigio inmaculado de la Armada Nacional, y, condena sin rodeos la, a su juicio, desidia e impasibilidad de las autoridades de puertos, que parecen no conceder importancia alguna a la estiba, cantidad de carga y navegabilidad de las naves para darles el zarpe.

La Cámara, haciéndose eco de la indignación del país, llegó hasta proponer, por boca de uno de sus diputados, el nombramiento de una comisión parlamentaria cuya labor se encaminara a investigar, hasta en sus más leves pormenores, las causas que produjeron el siniestro marítimo de mayores proporciones que registran los anales de nuestra crónica del mar.

La vos de protesta de los distinguidos parlamentarios que integran el Congreso Nacional, tuvo acentos de dolor cuando recordó las cuatro centenas de víctimas sacrificadas por la hecatombe. Acaso, pocas veces una armonía más total se ha establecido entre el pensamiento del pueblo y el de sus representantes. Un mismo dolor conmovió al país, de norte a sur de la Repúblìca, y, los acentos de ese dolor, se mezclaron sin distinción de clase ni de ideas, para lamentar al unísono una desgracia que afectó a todos los chilenos.

Los que salvaron

La lista de los salvados es la siguiente, que en cuanto al total de gente que iba en el "Itata" hasta el momento de entrar en prensa esta edición no se ha establecido con exactitud:

Arriagada, Enrique, primer sobrecargo.
Ampuero, Francisco, despensero de máquinas.
Aguila, Bernardo, mayordomo del capitán.
Alvarez, Uldario, marinero.
Cerda, Zenón, marinero.
Cancino, Ernesto, fogonero.
Jordán, Rufino, contramaestre.
Ojeda, Manuel, carpintero.
Ojeda, Ismael, primer salonero.
Peña, Gumercindo, marinero.
Unamuna, Ramón, ayudante de despensa.
Serrano, Augusto, bañero.
Vásquez, Froilán, marinero.
Wilson, Luis, marinero.

Esta lista se repitió entre los náufragos, y estando todos de acuerdo dijeron:

—"Creimos que éramos 17 los tripulantes que nos habíamos salvado, cuando en realidad somos sólo 14."

Los demás son pasajeros que se quedaron en Coquimbo, o siguieron viaje al norte a los puertos de su destino.

Segun los datos proporcionados en las oficinas de la Compañía Nacional de Vapores, los pasajeros salvados serían los siguientes:

Arancibia, Pedro.
Cortés, Santiago.
Codocedo, Domingo.
Hanieg, Miguel.
Maluenda, Juan.
Obrego Julio, Miguel.
Ortiz, Ventura (hombre).
Pino, Evaristo.
Pérez Vera, Luis.
Pinto Calvares, Carlos.
Rojas Rodríguez, Víctor.
Román Mejías, Gilberto.

Haciendo un total de doce pasajeros y catorce tripulantes.

A pesar de estos datos, los tripulantes afirman que hay solo 23 náufragos, pero pueden estar equivocados, lo mismo que cuando afirmaban que eran diecisiete tripulantes.

Documentos oficiales

El parte oficial del naufragio

Cumpliendo una obligación de su cargo, el señor Gobernador Marítimo de Coquimbo envió a la Dirección General de la Armada el parte que damos a continuación y en el cual da cuenta del siniestro del «Itata»:

«Tengo el sentimiento de dar cuenta a US., que el Lunes 28 del actual, a las 14.30, se fué a pique el vapor nacional «Itata», de 1,617 toneladas de registro, en un punto fijado más o menos a seis millas de la isla de Choros. El primer rumor lo recibió esta Gobernación Marítima, como a las 4 de la tarde, por aviso telefónico que llegó a la agencia de este puerto. Inmediatamente, a las 4.15 P. M., comuniqué este rumor por radio 205, al almirante de la Escuadra en Tongoy, pidiéndole auxilio para los náufragos, y a las 4.20 P. M., se comunicó el radio a US. Luego después,

a las 5 P. M., cuando llegó el telegrama del subdelegado marítimo de Cruz Grande, señor Contreras, confirmé al señor almirante de la Escuadra y a US., los radios números 205 y 206 por los 207 y 208.

El «Silbad» estaba en este puerto, pero tenía una espía de alambre enredada en la hélice y el blanco de combate se encontraba adherido al costado, no hallándose buzo, así es que le era imposible moverse. Hasta hoy Miércoles a las 8 horas todavía estaba imposibilitado para navegar.

El otro remolcador que había era el «Tofo», lo pedí a la firma Goudié para enviarlo inmediatamente, pero el capitán y la firma declararon que sería mandarlo a una pérdida segura, pues había un huracán del SW.

El «Chacabuco», según radio de la Escuadra, salió a la 1, hora del día 29, y llegó a Coquimbo a las 4 horas, tomando víveres del «Silbad», que los tenía a bordo, y salió al sitio del suceso a las 6.40 A. M., del día 29.

Recorrió desde Pájaros a Choros en zigzag, como dí cuenta a US., por radio 225, sin encontrar más náufragos que Juan Maluenda y Pedro Arancibia, que estaban en un bote volcado; el comandante del «Cha-

cabuco» entró a todas las caletas desamparadas y dió una vuelta completa a la isla de Choros.

Encontró un hacinamiento de restos del naufragio y también dos cadáveres: de una mujer y una niña, que no recogió por estar muy cerca de la costa. Esas playas, en los alrededores de Cruz Grandc, son muy bravas y dice que quedaba ayer una mar boba tremenda, consecuencia del huracán de SW, que sopló el Lunes.

También pedí al vapor «América» que saliera a las dos de la mañana de hoy día, de manera de encontrarse al amanecer en el sitio del suceso y ver si todavía queda algún náufrago y comunicar cualquier novedad. Lo mismo del vapor «Cachapoal» que amaneció hoy en Coquimbo.

Según declaración del oficial de la firma Goudié, agente del vapor «Itata», este vapor salió el 28 del actual con destino al Norte, con la misma cantidad de carga que llegó de Valparaíso, prácticamente; es decir, descargó cincuenta toneladas y tomó aproximadamente igual cantidad.

La carga de pacotilla que llevaba era algo menos que la de costumbre, la prueba evidente de esto es que dichos comer-

ciantes no aseguraron sus cargas, como lo han hecho en otras ocasiones.

El primer oficial señor Jacinto González, pidió 60 toneladas más de carga por cuanto había capacidad para ella, pero no fué posible embarcarla por el apuro de la hora de salida.

Los corderos que llevaba en este viaje eran 521, habiendo llevado en otra ocasión 600. En este viaje no embarcó animales vacunos ni caballares con lo que se prueba que el buque iba descargando.

Los nombres de los náufragos hasta ahora, son los siguientes: Zenón Cerda, Manuel Ojeda, Ernesto Cancino, Ismael Ojeda, Pedro Arancibia, Juan Maluenda, Luis Wilson, Froilán Vásquez, Ventura Ortiz, Evaristo Pinto.

En bahía Choros, hay tres más, ignorándose los nombres.

A las 4 de la mañana del día 29 se confirmó por teléfono de Cruz Grande, que el «Itata» era el buque a pique y a las 4.15 por radios 229 comuniqué esta noticia la que dió uno de los náufragos (Zenón Cerda), que se varó en Cruz Grande. También que un bote con más o menos 30 personas se había dado vuelta en la playa y que entre ellos iba el capitán Caldera y que con seguridad ha perecido.

El día 29 se había llamado por radio de esta Gobernación Marítima al vapor «Itata» preguntándole si navegaba sin novedad, lo que no contestó.

De los náufragos y cadáveres se hará cargo el agente en ésta, señor Goudié.—30 de Agosto de 1912.—Saluda a US.—(Firmado).—*A. Chubretovich.*

Por otra parte, el Almirante señor Schroeder había informado a la Superioridad Naval sobre la misma catástrofe, defendiéndose de los cargos con que la opinión pública ha venido censurando la acción de la Escuadra, desde que se conocieron los primeros detalles del naufragio.

«N.° 247.—El Lunes a las 16 horas 25, se recibió un radio del gobernador marítimo, que decía: Un empleado de Cruz Grande había visto un vapor en las rocas de la Isla de Choros. Confirmaré noticias apenas llegue telegrama. Por previsión ordené alistar el «Chacabuco», para zarpar a la brevedad posible para el caso que se confirmara esta noticia. A las 17 horas 30 m. se recibió del gobernador marítimo otro radio, que decía: El subdelegado marítimo Cruz Grande avisa haberse hundido un vapor 6 a 8 millas al sur de Choros.

El «Chacabuco» necesitaba 8 horas para poder zarpar, pues estaba con sus fuegos apagados. A las 0 horas 45 minutos zarpaba el «Chacabuco» para el lugar del naufragio, teniendo que recalar en Coquimbo para tomar al cirujano que había ido el día anterior a visitar a los enfermos dejados en el Lazareto de Coquimbo, pues para esta comisión es indispensable llevar médicos y además para inquirir más datos del gobernador marítimo, quien esperaba la llegada «Chacabuco». Inmediatamente después continuó viaje. Sólo anoche después de fondear en Coquimbo, a las 19 horas, aprovechó para tomar agua, pues hacía más de 10 días que faltaba este elemento en Coquimbo, por desperfecto del servicio de agua potable en Coquimbo, a causa del último temporal.—(Fdo.)—*Schroeders*».

Según parece este informe no satisfizo del todo a la Superioridad Naval, la que, posteriormente pidió mayor aclaración al Almirante, quien la despachó por radiograma y que es del tenor siguiente:

«Tan pronto como recibí el primer aviso de Coquimbo, a las 16 horas 25, y a pesar de ser éste con datos dudosos, y pedirme esperar confirmación, me adelanté lla-

mando al comandante del «Chacabuco», y le dí las siguientes instrucciones:

Encender inmediatamente sus fuegos y zarpar al sitio del siniestro, tan pronto como estuvieran listas sus máquinas, lo que sería a la una, con el objeto de auxiliar buque y náufragos, recalando en Coquimbo sin fondear, para inquirir datos más precisos del gobernador marítimo, quien fué avisado de hora que llegaría el «Chacabuco» a Coquimbo, a dejar bote con buzo del «Condell» y «Lynch», para desembarcar las espías del blanco de combate enredadas en la hélice del «Silbad» y tomar también al cirujano que había sido enviado para visitar enfermos, que están en el Lazareto y aprovechar trasbordar sus víveres que los traía el «Silbad».—(Firmado). —*Schroeders*».

Lo que dice un marino

Las explicaciones del Comandante de la «Chacabuco» pueden convencer; pero ¿por qué se escogió ese buque para el salvamento de los náufragos? ¿Por qué pasó a Coquimbo? En suma ¿por qué demoró 18 horas entre la recepción de la noticia del naufragio del «Itata» y la llegada al lugar de la tragedia?

Un marino, interrogado por un diario, ha hecho, entre otras, las siguientes observaciones sobre el informe del Comandante de la «Chacabuco»:

—Esa información tiene todas estas características de solidaridad profesional y humana, porque es justo esperar los descargos para que se justifique la tardanza en enviar auxilio; pero no se diga que los destróyers no tenían recursos para auxiliar a las víctimas, porque en reemplazo de éstos se pudieron enviar los cinco cazatorpederos, que son buques de guerra pequeños, como el «Rivera», el «Williams», el «Lynch, el «Condell» y el «Uribe, todos con estas mismas condiciones para salvar a los náufragos.

—¿................?

—Eso de la demora es discutible tratándose de buques grandes, pero en cuanto a los destróyers pueden afirmar sin temor de que se les desmienta, de que: «Si el cazatorpedero tenía una caldera en servicio para alumbrado, pudo estar listo con dos horas de aviso.

Si el buque tenía una caldera embancada y con un poco de presión, necesitó dos y media a tres horas.

Si el buque estaba con los fuegos apagados, pero con una o dos calderas cargadas y listas para encenderlas, se precisaron unas cuatro horas».

Estos datos son técnicos y no hay nadie que se los pueda ni siquiera discutir. De modo que no hay nada ni nadie que pueda aceptar que se haya socorrido a los náufragos con dieciocho horas de atraso.

—¿.......... .....?

Pueden agregar que todos estos preparativos «pueden hacerse sin perjuicio alguno para el material».

¿Por qué no se hicieron? ¿Por qué se envió el «Chacabuco» con tanto atraso? Es lo que todos tenemos la obligación de conocer y más que nadie los marinos, para no quedar ante la opinión pública, bajo el peso de que no sabemos cumplir con nuestro deber lo que no lo toleraremos jamás

porque ello sería aceptar una injusticia para los que nos hemos envejecido en la vida de a bordo soñando con que se presente la ocasión para demostrar la educación moral que hemos recibido, de sacrificar nuestras vidas por la patria en tiempo de guerra y por la humanidad en tiempo de paz. Y esto ni siquiera eran sacrificios de vidas, sino el consumo de unas cuantas toneladas de carbón, que son nada comparativamente con las vidas preciosas que se han perdido.

—¿...............?

—Las órdenes cuando se tratan de casos de auxilios como estos no se esperan. Ustedes quizá recordarán cuando se perdieron los dos hidroaviones Short, con los cuatro pilotos que los tripulaban. Hubo un gesto de uno de nuestros compañeros, el Almirante Gómez Carreño, que hizo movilizar la Escuadra para buscar a los pilotos perdidos llegando por el Norte hasta Cruz Grande y por el Sur hasta el río Limarí. Pues bien esa excursión dió resultados inmediatos, encontrándose a los aviadores perdidos y evitando a sus familias y al país la angustia de ignorar qué suerte hubieran corrido. Que después hubiera crítica por el gasto, qué importa: peores hubieran sido éstas sino se hubiera cumplido con ese deber elemental de humanidad.

Una página de la Historia Nacional

Como información curiosa y para cerrar estas páginas volanderas escritas en medio de un torbellino de ideas tristes o dolorosas, reproducimos a continuación un artículo interesantísimo que con las iniciales de R. H. vió la luz en la prensa de Valparaíso:

«El naufragio del «Itata» ha puesto fin desastroso a un buque construído en 1873 para la Compañía Sud-Americana de Vapores, y que al cabo de cincuenta años de navegación por esta costa, manteníase todavía en estado de servicio, gracias a rellenos de cemento en su casco y a parches y remiendos cuya seguridad era más que dudosa.

En 1891, el «Itata» dió muchísimo que hablar, con motivo de un episodio de que le tocó ser protagonista, durante el curso de la guerra civil. Es aquella una página muy interesante, digna de recordarse aho-

ra, como vamos a hacerlo, con algunos documentos que tenemos a la mano.

De los buques de la Sud-Americana, producida la revolución, el vapor «Imperial» estuvo utilizado por Balmaceda, y el «Itata» por la oposición. El «Maipo», de la misma Compañía, también se ocupó y reparó por el Gobierno; pero un buen día amaneció entre la escuadra sublevada.

En los primeros días de la revolución, la Junta de Gobierno de Iquique había enviado a los Estados Unidos a don Ricardo Trumbull con el objeto de adquirir armas y municiones. El vapor «Itata» debía desempeñar este urgente cometido.

Es fama que en los primeros meses de la revolución, no se disponía en Iquique de más de *mil cuatrocientos* hombres armados. ¡Calcúlese con cuánta ansiedad no se esperaría la llegada del «Itata», cargado de cañones, ametralladoras, rifles y municiones!

Trumbull llegó a Nueva York el 5 de Marzo, e inmediatamente se puso en contacto con la casa Grace y Cía., a quien iba eficazmente recomendado. Con el apoyo de una casa de tanta influencia, el agente Trumbull compró sin gran trabajo un car-

gamento de cinco mil rifles y tres millones de cápsulas.

Era Ministro de Balmaceda en Wáshington don Prudencio Lazcano, a quien no se le escaparon las gestiones que venían haciéndose. Temeroso Trumbull de la activa vigilancia del Ministro hizo trasladar el cargamento a San Francisco, y una vez ahí, lo embarcó en la goleta norteamericana «Robert and Minnie», para operar el traslado en la isla de Santa Catalina, adonde arribó la nave conductora el 24 de Abril.

Entretanto, el vapor «Itata» partía de Arica el 8 de Abril, a las 7.20 P. M., con instrucciones de llegar a San Diego. El 3 de Mayo fondeó en ese puerto; y, conocida su llegada, el Ministro obtuvo su detención, el 5 de Mayo.

La detención le importó un bledo a Trumbull, quien dió orden al capitán de salir del puerto. Y así lo hizó el buque, llevándose a bordo hasta el funcionario norteamericano encargado de hacer efectiva la detención.

El 7 de Mayo, según el capitán del «Itata», recibió las armas en la isla de San Clemente y de ahí hizo rumbo a Acapulco, donde encontró a la «Esmeralda» y recibió

a borbo al comandante Tejeda. El 3 de Junio arribó a Tocopilla y allí recibió órdenes de trasladarse a Iquique y ponerse a las órdenes del Secretario de Relaciones Exteriores de la Junta revolucionaria y bajo la custodia del almirante norteamericano Mac-Cann.

Como hemos anticipado, los sucesos, será conveniente volver atrás con el informe del Ministro Lazcano, a su Gobierno, en oficio de fecha 2 de Junio, Lazcano se expresa así:

«Vigilado cuidadosamente por agentes de confianza, el comisionado de los insurgentes, esta Legación tuvo noticias a principios de Mayo de que un cargamento de armas destinado a aquéllos había sido despachado de Nueva York con destino al puerto de San Francisco en el Estado de California y que debía ser embarcado allí en la goleta norteamericana «Robert and Minnie», para ser trasbordado fuera de las aguas territoriales de los Estados Unidos a un trasporte revolucionario.

«Sin pérdida de tiempo me presenté al señor Secretario de Estado para informarle de este hecho y para pedirle que, por medio de la autoridad judicial, hiciese detener aquel cargamento que se intentaba

hacer salir de los puertos norteamericanos, violando las leyes, y que se tomasen las medidas oportunas respecto del trasporte en que se pretendía embarcarlas.

«Mientras hacía estas gestiones, las autoridades de Aduana del puerto de Wimilgton comunicaron por telégrafo al Secretario del Tesoro la llegada a aquella bahía en el «Robert and Minnie», del cargamento de armas y municiones de mi referencia que, según ellos, se componía de 4,000 cajas, 2,000 de rifles y 2,000 de cartuchos, y el propósito de hacerlo trasbordar a un buque extranjero, consultando sobre la conducta que debía observar, siendo esas armas, según se decía, destinadas a los revolucionarios chilenos.

«El Secretario del Tesoro contestó al jefe de la Aduana de Wimilgton, que no le era dado oponerse al trasbordo de aquellas mercaderías, no estando prohibido en ningún caso en los Estados Unidos el tráfico de armas y municiones. Pero el infrascrito hizo notar al señor Blaine, que precedentes establecidos en este país, se oponían a aquel embarque y que los Estados Unidos habían sostenido en otra época una doctrina contraria respecto del comercio de armas; y que además el cargamento del

«Robert and Minnie», estaba a punto de ser trasbordado en aguas territoriales de los Estados Unidos, según se anunciaba públicamente, a un trasporte de guerra al servicio de los revolucionarios chilenos, el cual, en ningún caso, podría gozar de los privilegios acordados al comercio.

«A virtud de mis gestiones, el Departamento de Estado, pidió al Procurador General que diese órdenes a las autoridades judiciales federadas de Wimilgton, para que el «Robert and Minnie» fuese detenido mientras se entablaba el correspondiente proceso.

«Esta orden llegó a Wimilgton en los momentos en que la mencionada goleta había abandonado la bahía.

«Al mismo tiempo tuvo noticia que el trasporte «Itata» había llegado al puerto de San Diego en el mencionado Estado de California. Dirigí entonces al señor Blaine una nota, fechada el cinco de Mayo, estableciendo que las órdenes dadas por el Procurador General no habían llegado con oportunidad a Wimilgton; que el «Robert and Minnie» se había dirigido con su cargamento probablemente al puerto de San Diego, a donde acababa de arribar el trasporte «Itata» con el carácter de buque

mercante y con el propósito de seguir viaje a San Francisco y que en realidad el mencionado buque era un trasporte de guerra, al servicio de los revolucionarios chilenos, y que su verdadero objeto era tomar a bordo en San Diego el cargamento del «Robert and Minnie». Por esta razón se pedía que se trasmitiese a San Diego las mismas órdenes que se habían trasmitido a Wimilgton y que estas se hiciesen extensivas también al «Itata».

«El Gobierno accedió a mi petición. Le dió a la autoridad judicial de San Diego la orden de detener a este vapor y capturar al «Robert and Minnie» en donde se encontrase.

«El «Itata» fué detenido como lo comuniqué a V. S. en mi telegrama del 6, por un agente del Resguardo de este Gobierno, puesto a su bordo; pero en la noche del día siguiente escapó del puerto de San Diego, contraviniendo a las órdenes de la autoridad y llevando a bordo al mencionado agente, a quien desembarcó en una caleta situada a 800 millas de San Diego.

«Creo oportuno hacer notar a V. S. que, en previsión de lo que pudiera suceder, hice presente con oportunidad a este Gobierno la conveniencia de emplear la fuer-

za armada para vigilar al «Itata»; pero, no sospeché por estas autoridades la posibilidad de una desobediencia a sus órdenes.

«Mientras tanto el «Robert and Minnie», después de haber voltejeado durante algunos días en los alrededores donde creía encontrar el vapor que iba a tomar su cargamento, se había dirigido a San Diego; pero no entró a la bahía. Avisado por el «Itata» se mantuvo afuera, y más tarde, según informes fidedignos, trasbordó las armas y municiones a aquel trasporte en una de las islas del grupo de San Clemente, burlando las persecuciones que emprendieron contra él guarda costas norteamericanos.

«Algunos días después fué capturado cerca del puerto de San Pedro y todos los tripulantes reducidos a prisión».

Entre el Presidente Balmaceda y el Ministro Lazcano se cruzaron innumerables cablegramas. Uno de Balmaceda, es así:

«Mayo 8.—Presidente, gerente y director de Compañía Sud-Americana han declarado Cónsul americano «Itata» buque compañía tomado revolucionarios y usado contrario voluntad. Cónsul y Ministros dirigen comunicación Blaine. Pida copia cablegramas oficiales. «Itata» debe ser de-

tenido, desembarcados tripulantes y devuelto por autoridades Estados Unidos a sus únicos dueños, Compañía Sud-Americana.—*Balmaceda*».

Estos deseos del Gobierno se cumplieron casi al pie de la letra. El Gobierno norteamericano acordó exigir de la Junta de Iquique la devolución del «Itata» al punto de salida con el cargamento de armas que traía. Los almirantes Brown y Mac-Cann, que estaban a cargo de la flota norteamericana en el Pacífico, fueron conminados para ejecutar las órdenes de su Gobierno.

El 10 de Mayo, fondeó en el puerto de Iquique, el «San Francisco», procedente de Callao, trayendo a bordo al contralmirante Brown, quien inmediatamente después hizo una visita de cortesía al Secretario de Relaciones Exteriores, don Isidoro Errázuriz, acompañado del Cónsul de los Estados Unidos y del comandante del crucero. Pidió, en seguida, ser introducido a visitar al señor Montt, Presidente de la Junta de Gobierno.

En el curso de esta segunda visita, el Secretario de Relaciones Exteriores insinuó privadamente al Cónsul de los Estados Unidos una impresión desagradable

respecto al procedimiento observado por el «Itata», a juzgar por las comunicaciones telegráficas, al mismo tiempo, el deseo de evitar toda cuestión en un terreno en que la Junta no podría colocarse, en la conciencia de tener por suyo el derecho, restituyendo al «Itata« al puerto de San Diego, y poniéndolo a disposición de las autoridades, a fin de que la justicia de los Estados Unidos siguiese su curso natural.

En la mañana siguiente, el señor contralmirante Brown vió de nuevo al Secretario de Relaciones Exteriores, para manifestarle que había recibido instrucciones del departamento, relativamente al «Itata». Refiriéndose, con este motivo, a las disposiciones de ánimo manifestadas el día anterior por el Secretario de Relaciones Exteriores, al Cónsul, declaró que, sobre la base anunciada, esto es, entrega de la nave y restablecimiento de la situación al punto en que se encontraba cuando zarpó el «Itata» de San Diego, podría, en su concepto, ser arreglado el asunto satisfactoriamente. El Secretario, por su parte, le prometió estimar las ideas y los propósitos de la Junta en una carta dirigida al Almirante.

Sometida esta pieza—en su forma primitiva—a la consideración del contralmirante Brown, manifestó éste el deseo que se evitara toda duda y toda vacilación de interpretación, expresando que el «Itata» sería restituído—*con las armas que tomó a bordo en San Diego*—y, no habiendo por parte de la Junta inconveniente en atender a esta indicación, que consultaba estrictamente su propósito, se agregó dicha frase, quedando la carta redactada en los siguientes términos:

«Iquique, 13 de Mayo de 1891.—Estimado Señor: Por los cablegramas de la Prensa Asociada, ha tenido el Gobierno Provisorio conocimiento que el transporte «Itata», detenido en San Diego por orden del Gobierno de los Estados Unidos para embarcar pertrechos de guerra y ocupado por el Marshall Gard zarpó del puerto llevando a bordo a este funcionario a quien puso en tierra en un punto cercano de la costa y continuó viaje».

«Nada más ha sabido directamente este Gobierno de actos del «Itata» desde que salió de San Diego».

«Si esta noticia fuese exacta, deploraría este Gobierno la conducta observada por el «Itata» y, en testimonio de que no se halla

dispuesto a amparar o a aceptar el quebrantamiento de las leyes de los Estados Unidos, aprovecha el infrascripto las relaciones personales que Ud. ha tenido la bondad de mantener con él desde su llegada a este puerto, para declararle, que su Gobierno pondría al «Itata»,—con las armas y municiones que embarcó en San Diego,—tan pronto como estuviese al alcance de nuestras órdenes a las disposiciones del Gobierno de los Estados Unidos, por el respetable conducto de Ud. a fin de que las leyes de su nación siguiesen su curso interrumpido en San Diego».

«Tengo el honor, etc., etc.— (Firmado). *Isidoro Errázuriz*».

El 16 de Mayo fondeó en Iquique el «Baltimore» con la insignia del Almirante Mac-Cann, Comandante en Jefe de la Escuadra Norteamericana en el Atlántico y Pacífico Austral, quien siguió las gestiones de la entrega del «Itata».

Pero tres días antes ya había partido el «Itata» de Iquique convoyado por el buque de guerra de los Estados Unidos, «Charleton», llegando a San Diego el 4 de Julio.

Presentado el comandante a las autoridades del puerto, en primer lugar tuvo que

pagar una multa de quinientos pesos por haber salido con violación de los reglamentos marítimos. Y en seguida soportó una serie de embargos y retenciones por diversos juicios que impidieron su salida para Chile hasta el 4 de Octubre. Fondeó en Valparaíso el 4 de Noviembre, dos meses y días después de terminada la revolución. A causa de estos mismos sucesos el agente don Ricardo Trumbull, también tuvo que ir a la cárcel y seguir un juicio que al fin le fué favorable.

Lo cierto es que aquel incidente del «Itata», fué de suma gravedad e infirió rudo golpe al crédito externo de la Junta de Gobierno.

Ya se comprende, por lo demás, el desaliento de la misma Junta al ver llegar el «Itata» a Iquique y tener que devolverlo con todo el armamento tan esperado.

Otra solución tampoco cabía. Total: el «Itata» se paseó por los cables de todo el universo, gracias a la originalidad de lo sucedido. Y ahora, bajo el nombre del mismo vapor «Itata», transmiten los cables una de las más horribles catástrofes marítimas ocurridas en esta costa.

R. H.

INDICE

Memorias del Sobreviviente X

Documentos oficiales


IMPRENTA LAGUNAS & Co.
SANTIAGO DE CHILE
TEATINOS 58 - TELÉFONO 3021


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 122878926